



SS

**SERVICIO
SECRETO**

PETER DEBRY

AGENCIA DE SECUESTROS

AGENCIA DE SECUESTROS

PETER DEBRY

AGENCIA DE SECUESTROS

1ª EDICIÓN
JUNIO - 1954



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION:

64 — El vampiro de Brooklyn. 66 — Cadáveres ambulantes. 69 — Gongo Kong. 71 — Tiburones del «Tritón». 73 — Balas perdidas. 77 — Tobillos de oro. 80 Los muertos no mienten. 91 — La ley del machete. 93 — Calavera de plata. 95 — Horas trágicas. 97 — La dama de los Nenúfares. 102 — La fiera acosada. 104 Corsarios anfibios. 106 — Trágica apuesta. 108 — Los evadidos de Cayena. 110 — La banda de la zarpa. 114 El caso del caimán. 117 — Arsénico y estilete. 121 — La red del dragón. 123 — Tres en el infierno. 127 — Pistas sangrientas. 132 — El plan «Erizo». 193 — El *gang* de «Medio Rostro». 195 — Testigos siniestros. 197 Operación «Caimán». 199 — Héroes sin nombre.

PRINTED IN SPAIN

Impreso en G. Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

Reservados los derechos para la presente edición

AGENCIA DE SEQUESTROS

por

PETER DEBRU



CAPÍTULO PRIMERO

Aquel mediodía del lunes 6 de octubre, Basil Lincoln mientras procedía a los maquinales gestos rutinarios de su aseo, miró con desagrado el rostro que le reflejaba el espejo.

El blanco cabello alisado al cepillo, y la tez rubicunda le daban el aspecto del caballero netamente británico, que fue años antes.

Pero el exceso de matiz colorado en la nariz y los azules ojos vacuos, desleídos en constante secreción lacrimal, eran las huellas patentes de su vertiginosa caída moral.

El frunce de los delgados labios que antes resultaba mueca amablemente displicente, era ahora rictus amargo.

Y cada despertar, evaporados ya los aniquilantes efectos del alcohol, le traía aquella lucidez hiriente, donde se veía tal como era: un exhombre decente, decente.

La miseria moral era más difícil de sobrellevar para un hombre inteligente, porque se analizaba despiadadamente, y solo obtenía una realidad evidente: cuando era agregado de embajada, su modo de beber era considerado elegante, y sus envidiosos enemigos solo podían calificarle diplomáticamente como un dipsómano.

Ahora, el exdiplomático ya no era un dipsómano: era un degradado borracho.

Su diestra temblorosa, acusando ya los efectos de la bebida, pasó por las mandíbulas, comprobando si el afeitado era perfecto.

Tres pulcritudes conservaba absurdamente: afeitarse dos veces por día, manicurarse, y escoger siempre con esmero la taberna más cercana al lugar donde tenía alquilado un cuartocho.

No quería volver a pasar por la humillación de que un honrado guardia bonachón tuviera que despertarle del banco donde se había tendido, físicamente incapacitado para seguir anclando.

Y sus ojos habían lagrimeado más que nunca, porque en el rostro del guardia había adivinado lástima. Un borracho vulgar podía inspirar asco. Pero él, Basil Lincoln, exgraduado de Oxford, hablando cinco idiomas, inspiraba ahora compasión.

Al ajustarse la corbata en el raído pero limpio cuello de la camisa, buscó con la mirada por encima de los escasos muebles de aquel mísero cuarto, una hoja de periódico que la noche anterior había recortado.

Estaba en el suelo, junto a la puerta, y la recogió hasta ver la señal que con lápiz rojo, prestado por Chuck Weltam, había trazado en marco alrededor de un anuncio:

«ACADEMIA LEONIDAS. Inglés para extranjeros».

«Buenos honorarios a profesor británico que domine húngaro y alemán. Presentarse Dean Street, 10».

Era una oferta esperanzadora, porque habría pocos individuos que como él, hablaran un inglés tan perfecto, y a la vez pudieran dominar dos idiomas tan enrevesados y distintos como el alemán y el húngaro.

Sonrió con melancolía bajando las escaleras, pensando que su antigua carrera, le daba ahora una nueva posibilidad de rehacerse. Tenía que intentarlo, recuperar su propia estima.

Pero ya en la calle, de nuevo en sus labios se crispaba la mueca amarga de profundo escepticismo, porque de antemano se sabía vencido por su pasión que le intoxicaba, dominándole en la concesión de un olvido momentáneo y dándole cada mediodía un despertar vergonzoso.

Dean Street representaba típicamente el carácter del Soho londinense: una Europa en miniatura, que diferenciaba por completo aquel barrio de los demás.

Negros, judíos procedentes de los *ghettos* europeos, artistas escandinavos, aventureros encubiertos de todas las nacionalidades, encontraban, en Soho un ambiente continental.

El número 10 de Dean Street era una más de las casas, en cuyos bajos había a cada lado del zaguán de entrada, un restorán y un «pub», el clásico local de Soho, donde se tomaba el café menos malo que podía beberse en Londres.

Cuatro pisos, y en cada planta diversas industrias; desde la pensión de estudiantes, hasta el club de nombre raro, secta de intelectuales discutidores.

En el último piso, ya había mayor claridad en el rellano, debido a las claraboyas que transparentaban mortecina luz. El ala izquierda, de cuatro

puertas, pertenecía por entero a la Academia Leonidas.

Empujó la puerta donde un letrero invitaba a «Entrar sin llamar», y el mostrador le recordó una agencia de viajes, porque en las paredes laterales y del fondo, carteles luminosos mitigaban con coloridos anuncios de países tropicales, la humedad y lóbreguez de aquella oficina.

Una mecanógrafa morena, de rostro macizo, se levantó, y quitándose las gafas, correspondió con inclinación de cabeza al saludo de Basil Lincoln.

—Desearía tratar acerca del anuncio que solicita un profesor de inglés para húngaros y alemanes, señorita.

Ella, en húngaro, contestó amablemente:

—Su acento es excelente, señor, y antes de que le reciba el profesor, espero no tendrá inconveniente en indicarme dónde aprendió mi idioma nativo.

Con modismos que ninguna gramática podía enseñar, Basil Lincoln especificó:

—Permanecí más de dos años en Budapest, y siento nostalgia de su alegre ambiente.

—Pidiéndole excusas por mi incorrecto alemán, también siente nostalgias de Berlín?

Con la misma facilidad, Lincoln manifestó en alemán:

—Cada país tiene sus encantos, y conservo gratos recuerdos de Berlín, Heildelberg y Hamburgo, ciudades en las que transcurrieron para mí unos años de los mejores de mi ya larga existencia.

—Creo que el profesor celebrará su visita, señor.

Y la mujer que por lo visto era la secretaria de la academia, alzó el tablero del mostrador, para dejar paso a Lincoln.

Mientras se dirigía a la puerta lateral en la que se leía: «Dirección», la detalló Lincoln, con ojeada desprovista de viril complacencia, aunque era bonita como mujer.

Basil Lincoln conservaba de su antigua carrera, la mirada analizadora. Dedujo por su pronunciación que era húngara, que debía haber cumplido los treinta, y que escasas cosas debían sorprenderla.

Abrió ella la puerta, y asomándose, permaneció un instante examinando el interior del despacho, hasta que volviéndose, dijo:

—Pase y tome asiento. Posiblemente el profesor estará recorriendo las clases. Le avisaré al instante.

A solas en el despacho, Basil Lincoln pensó que cuanto allí había, daba inmediatamente la impresión del mobiliario y ambiente adecuado para un severo erudito.

Ninguna bagatela ni adorno superfino, sino material de enseñanza, desde el globo terráqueo de cristal, de un metro de diámetro, sobre un alto soporte, hasta los estantes repletos de libros de todas clases.

Estaba examinando los lomos de varias encuadernaciones de clásicos del siglo XVI, cuando a sus espaldas se abrió una puerta.

Giró Basil Lincoln sobre los tacones, y pestañeó unos instantes, hasta que sacando un pañuelo doblado, se enjugó las comisuras lacrimales y los labios que temblaban.

Sus claros ojos tuvieron destello burlón, mientras avanzaba hacia su sillón tras la larga mesa, el recién llegado.

Un hombre alto, erguido, vestido sobriamente de azul oscuro, cuello almidonado, corbata gris y relucientes zapatos negros.

Lo que de inmediato llamaba la atención en el director de la Academia Leonidas, era el ancho rostro picado de viruelas, que presentaba una gran semejanza con las reproducciones del tribuno revolucionario Danton.

La abundante melena negra veteada de canas, y los negros ojos de escrutadora dureza, daban aspecto de recia intelectualidad, al que yendo a sentarse tras la mesa señaló el sillón frente a él.

Basil Lincoln trató de dominar el rictus temblón que convertía en mueca sardónica su boca.

El profesor Leonidas habló en perfecto inglés oxfordiano:

—Mi secretaria me ha informado que domina usted los idiomas que son requeridos, y su inglés es fonéticamente universitario.

—También es correcto su inglés, profesor Leonidas —replicó sonriente, pero con cierta estridencia temblorosa en la voz, Lincoln—. Y apostaría el dinero que no tengo, a que habla usted un francés netamente parisino. ¿Metralla en un bombardeo de Hamburgo, no, profesor? Salvo que en París, usted era el corresponsal de una casa de exportación. Allí se hacía usted llamar Gregory Kormendi, aunque también poseía el legítimo título de Profesor, el equivalente centroeuropeo, a nuestro diploma de licenciado en alguna materia universitaria.

Físicamente impávido, el director de la Academia Leonidas, señaló la mesa, y si bien su réplica fue irónica, el rostro seguía siendo máscara rígida, en las que los ojos lucían intensos:

—Aquí, soy el Profesor, para todos. Y para usted mismo, señor, si desea la plaza ofrecida.

—Mi querido Profesor, le saludo atentamente y modifiko el propósito que aquí me trajo. Tenga la bondad de tolerar una brevísima historia de mis antecedentes.

—Los conozco.

—No importa, profesor. Nos conocimos casualmente en París, ciudad en la que aún conservaba yo restos de dignidad, y me interesó su persona. Cuando intimamos un poco, fue usted muy discreto al exponerme que conocía mi pasado, y aludió con distinción a mi cese en la carrera, acusado de «negligencia culpable», por el extravío de unos documentos que se hallaban en la legación inglesa en Budapest. Admitieron que no era un

espía, pero que me crecientemente dipsomanía era la responsable de que hubieran desaparecido aquellos importantes documentos. Expuesto así no me hirió la demostración de su excelente servicio informativo, ni me ofendió su proposición de ingresar en su especial organización, que no me reveló, pero que deduje se dedicaba al secuestro elaborado con esmero, eligiendo en muy diversas naciones, las personas aptas para financiar espléndidamente la labor del cuarteto que usted dirigía. Aproximadamente, es lo que vino a decirme, profesor. No acepté, sin negarme rotundamente, y no nos vimos más, porque al día siguiente volví a esta ciudad donde con eufemismo diré que he ido rodando peldaños abajo la escalera social.

—Puede rehacerse, señor.

—Un borracho mísero, ya no le rendiría utilidad, profesor. Podría ser indiscreto. Resumiré concretando: usted estaría molesto si yo continuase en Londres. Me agradaría terminar mi existencia en un clima amable, fácil, donde no pudiera encontrarme de repente ante personas que me conocieron muy distinto... Una isla sin bruma.

—Empleando el eufemismo, usted sugiere una promesa de olvidar a Gregory Kormendi, profesor legítimo, al que conoció usted en París. A cambio de qué cifra, señor?

—Llámemme Lincoln, querido profesor, Basil Lincoln. Como ignoro el volumen de rendimiento de sus operaciones comerciales, trataré de ser modesto en mis aspiraciones. Calculo las posibilidades de resistencia de mi hígado, en un par de años más. En una isla no contaminada por el turismo, el diario vivir es barato. Cincuenta billetes no correlativos de cien dólares le garantizarán mi eterno silencio, y la imposibilidad de otro chantaje, por Cuanto es vital... enormemente vital para mí, irme lo más lejos posible del ambiente europeo por el que podríamos volvernos a tropezar.

—La cantidad que usted pide es crecida, Lincoln.

—Le hago con ello el debido honor, Kormendi.

—Profesor Leonidas, amigo mío. Cinco mil dólares es una cantidad difícil de reunir ahora mismo.

—Puedo esperar unas horas, profesor Leonidas. No muchas, porque ha de perdonarme si estimo urgente desaparecer por mi propio impulso, de Europa. Una organización como la suya, tiene mil recursos, tanto para reunir cinco mil dólares, en dos o tres horas, como para tener alquilado un instrumento eficaz de silenciamiento.

—Nos interesa a ambos llevar a buen término esta pequeña operación, Lincoln. Deme tres horas, y le entregaré la cantidad que solicita. Usted fue un caballero, y me consta que cumplirá el compromiso que adquiere.

Levantándose, Basil Lincoln juntó apretadamente las manos que le temblaban. Necesitaba beber pronto algo fuerte.

—No volveré aquí, profesor, por mutua conveniencia prudente. Dígame

a qué hora y dónde me entregará el dinero. No ha de ser aquí, ni en las afueras, ni en el interior de un coche. Detesto también los andenes subterráneos, donde es fácil resbalar. Una calle abierta, donde usted a las cuatro en punto transitará, y que ahora no le señalaré, para evitar tentaciones que encuentre razonables en usted, pero que mi actual cinismo me obliga a evitarle.

—Usted fija sus condiciones, Lincoln.

—Hay una calle en Soho, donde a media tarde nadie llama la atención pero un mal intencionado pistolero o lanzador de cuchillo, sería inmediatamente capturado. No pasan coches. Y hay tenderetes de muchos objetos curiosos en las aceras. Mil testigos, que identificarían a un criminal, pero no recordarían a dos transeúntes que cruzándose intercambian un apretón de manos. «Cambiaré un penique»⁽¹⁾, por cinco mil dólares en un sobre. No los contaré, porque es usted muy inteligente, profesor, y tanto si fueran falsos como si procedieran de robo, los perjudicados seríamos nosotros dos. Estaré en Berwick Street a las cuatro.

Abrió el profesor una puerta lateral, que daba al rellano exterior, y saludó impasible físicamente:

—Celebraré que le siente bien el clima de otra isla, señor.

Bajó Lincoln con cierto apresuramiento las escaleras, y ya en la calle apretó más el paso, dando repetidos esquinzos, y permaneciendo en umbrales, hasta que se cercioró de que no era seguido por algún auxiliar del profesor, maestro en el sinuoso laberinto del espionaje y su escuela de «silenciamientos» de testigos peligrosos.

A las dos entraba Lincoln en el bar-restorán de Wardour Street, donde efectuaba dos frugales comidas y sus nocturnas libaciones terminales.

Un local acogedor, cuyos dos propietarios consocios, el inglés Davenport y el americano Weltam, eran comprensivos con el excaballero. Otros dos, que, como el guardia de aquella vergonzosa noche, le trataban con respetuosa compasión.

—Buenas tardes, Bob. No tengo apetito, pero en cambio sí que tengo mucha sed.

Robert Davenport pasando el paño por la mesa del compartimiento para cuatro personas, sugirió:

—Mi hermana ha preparado un menú delicioso, señor Lincoln.

—No lo pongo en duda, Bob. Tráeme un sobre, varias cuartillas, tinta y pluma. Y si es posible, quisiera estar solo.

—Sí, señor. ¿Cuándo le sirvo la comida?

—Veremos si un poco de «Old Scotch» me abre el apetito.

Cuando Robert Davenport dejó sobre la mesa lo necesario para escribir y un frasco mediado de *whisky* con una copa reluciente de limpieza, Basil Lincoln sonrió amargamente:

—Muchacho, me conforta ver que en el mundo existen seres tan

excelentes como tú, como Diana y el propio Chuck. No me digas que yo también soy decente, porque me enojaría contigo, Bob. Tardaré bastante en escribir lo que me propongo. Y si corres la cortina, te lo agradeceré.

El reloj del bar marcaba las cuatro menos cuarto, cuando Basil Lincoln, abandonando el reservado, se dirigió al mostrador tras el que Robert Davenport aprovechaba la hora de poca afluencia, para ultimar su almuerzo.

—Esta carta guárdala como oro en paño, Bob, Si esta noche no aparezco a cenar, tú...

—A las ocho, me releva Chuck, señor Lincoln.

—Bien, si antes de las ocho no he vuelto a recoger esta carta, dásela a Chuck para que la guarde hasta la medianoche, Si acaso no aparezco, os ruego que leáis su contenido, y obréis de acuerdo con vuestra moral. No me mires así, Bob, que no es mi testamento. Es simplemente una precaución que tomo. Hasta luego.

Robert Davenport terminó de almorzar, y cuando se palpó el bolsillo superior de la chaqueta en busca de los cigarrillos, percibió el crujir del papel guardado en el bolsillo interior.

Pensó que sería alguna excentricidad del señor Lincoln, como lo había sido su modo de salir del bar, haciendo saltar en la diestra una moneda de penique.

CAPÍTULO II

Harry Miller examinó al trasluz las estrías del cañón, y soltó la recámara que con su peculiar chasquido metálico quedó encajada, y con seco golpe de la zurda empujó su dueño el cargador de ocho balas calibre 7,65.

Estaba encariñado con aquella «F. N.» de mecanismo tan preciso como su cronómetro suizo que en aquellos instantes señalaba las tres y media.

El espejo del armario esquinado en el desván, reflejó la alta silueta, flaca, pero elásticamente robusta, en el holgado traje cruzado de franela gris, que cubrió Miller con su gabardina gris, apretando el cinturón mientras volvía a la mesa.

Recogió la automática, colocándola en el bolsillo derecho de la gabardina, que tenía dos aberturas: una con funda de ajuste vertical de la pistola. La otra correspondía a un bolsillo superpuesto, con almohadillado que evitaba pudiera moldearse la inconfundible contextura de la automática.

Harry Miller cogió del perchero su flexible negro de ala ancha, cuyo vuelo delantero arqueó hacia abajo, sombreando la estrecha frente.

El enjuto rostro de facciones duras y vivaces ojos negros inquietos, plasmaba una ceñuda expresión, mientras atravesando a lo largo el desván, se encaminaba hacia la puerta que por una escalera de caracol comunicaba con el rellano del coarto piso del número 10 de Dean Street.

Hacía ya girar el abridor y quitaba la cadenilla de seguridad, cuando el teléfono interior emitió el zumbido de aviso.

Las suelas de grueso crepé deshicieron los pasos andados, sin el menor ruido, y Miller descolgó el auricular.

Lena Clausen, secretaria de la Academia Leonidas, comunicó:

—Nelson sigue vigilando a nuestro hombre, que hacia las cuatro aparecerá por Berwick Street.

—Me sobra tiempo —replicó ásperamente Miller—. De aquí a Berwick no hay ni diez minutos.

—Cuando termines con Lincoln, vete a la esquina de Wardour con Oxford, donde en el coche te recogerá Nelson. Hasta luego.

Harry Miller colgó, y poco después cruzaba Dean Street en dirección al lugar donde tenía que ejercitar su pulso tomando por diana, la sien de un individuo de blancos cabellos, tez rubicunda y señorial prestancia, pese a su ropa deslustrada por el uso prolongado.

Avanzando sin apresurarse, con las manos hundidas en los bolsillos de la gabardina, cuyas solapas llevaba alzadas, Harry Miller pensó que el

destino de todos los chantajistas era siempre el mismo.

Tardaban más o menos pero el epílogo era un balazo, y en el caso de Basil Lincoln solo existía una variante: era urgente terminar con él, en plena calle Berwick.

En su mentalidad de criminal nato, el dar muerte a un ser humano, no solía ofrecer el menor problema para Harry Miller, aunque en el caso de Basil Lincoln, podía surgir una complicación.

No era partidario del tubo silenciador, desde que leyó en la prensa que un «gangster» había terminado en la cámara de gas, porque le delató su propio silenciador, que tenía un defecto que marcaba el proyectil.

Disparar en plena calle no presentaba un riesgo grande, si paradójicamente transitaba bastante gente. En la confusión primera, era sencillo alejarse. No tenía que correr, porque era hacerse visible, sino alejarse como cualquier prudente transeúnte alarmado.

Penetró en la calle Berwick que conocía bien, y por la acera de los vendedores de libros, ediciones raras, grabados y cuadros, llegó hasta la «Joyhouse».

Era el sitio más adecuado, porque al interior había casetas de tiro al blanco, en la que había ganado premios, pese a que las escopetas tenían defectos.

Las tres puertas giratorias de la «Joyhouse» ventilaban en molinete toda clase de estridencias: los choques de los autos eléctricos, el estruendo de la pesa elevada por martillazo, el golpe del «puching» que medía la fuerza del puñetazo, y por encima de aquella cacofonía las diversas músicas de los aparatos tocadiscos.

Harry Miller siguió caminando hacia la esquina de la calle-mercadillo y regresó sobre sus pasos, habiendo elegido ya el mejor sitio cuando su reloj señalaba las cuatro menos diez.

Permaneció entre dos puestos de libros, cubierto por lonas embreadas el de su costado izquierdo, y dando la espalda a la «Joyhouse» miró hacia el otro extremo de la calle, donde acababa de aparecer Basil Lincoln.

El exdiplomático avanzaba a paso reposado por el centro de la calzada, haciendo saltar de vez en cuando en la diestra, una moneda de penique.

* * *

El arrogante portero del «Regent» examinó el coche que se aproximaba al pie de la escalinata. Un «Daimler» cinco plazas, amplio, de potente motor, conducido por un individuo que no llevaba uniforme de chofer.

El «Daimler» gris perla, cuya carrocería tenía un blindaje de doce milímetros, y sus cristales estaban contruidos a prueba de balas, vino a detenerse ante la salida entoldada, destinada a personalidades.

El hombre al volante, miró con agresividad al que acababa de surgir, y

aplicaba un pie en el estribo, y su zurda en la manecilla de la portezuela del chofer.

Butch Cassidy bajó el cristal, cuando hubo visto el carnet que mostraba el asaltante.

—Hola —gangueó Cassidy—. Abrevie, muchacho, que están ellas por salir de un momento a otro.

—Usted va a ser bueno conmigo, Butch. Un guardaespaldas de su categoría es amigo de los chicos de la prensa. Soy enviado especial del «Weekly» de San Francisco. ¿Qué hay de verdad en el rumor que se ha propagado?

El rostro achatado de Cassidy, «El Leopardo», poseía una enérgica decisión, complementada por la impresionante anchura de sus hombros de luchador, y cuya amplitud se debía al ejercicio que Butch Cassidy practicó desde temprana edad: instructor de educación física en los campamentos de «marines» de Estados Unidos, y más tarde, guardaespaldas de personalidades, cargo adscrito al cuerpo de Detectives federales de California.

Los maleantes perjudicados en sus planes delictivos, decían que Butch Cassidy era una bestia inteligente. Muchos presidiarios, imprecaban al asegurar que Cassidy era un leopardo sanguinario.

Para la gente normal, Cassidy era un simpático atleta, de ojos verdes, y de genio agresivo si intentaban engañarle.

—¿Y qué rumor se ha inventado usted, muchacho?

—Yo no, Butch. Dicen por allá que Carla Janssen ha abandonado California porque no era propaganda la noticia de que existían amenazas serias de rapto de su hija Guillermina.

—Nina sigue siendo un diablillo encantador, y si estamos en Londres es porque tenemos un contrato con la «British Pictures Ltd.», para rodar una gran película.

—Pero la *nurse* que acompaña a Nina Janssen, se llama Elsa Volberg.

—¿Y qué culpa tiene la *nurse* si nació sueca? Resultan las mejores *nurses*.

—Tengo mis informes, Butch. Y me han confirmado desde Frisco, que Elsa Volberg pertenece al Cuerpo de Policía femenina de Los Ángeles.

—Así no le robarán el bolso a la niña. Ande, repórter, despeje el campo, que viene la jefa. Sea buen chico y lárguese —indicó Butch, saliendo del coche.

Contorneó el radiador, y vino a coger la mano que le tendía Nina Janssen, cuyos siete años, rollizos y rubios, eran encantadores.

Un poco más alejadas, la estrella de cine y la *nurse*-policía, miraron de distinto modo al periodista, que saludó:

—Buenas tardes, Carla. Un admirador más entre los cientos de miles que posee en su lista. ¿Qué hay de verdad en esa amenazadora noticia de

que una banda de «kidnappers» exige medio millón por...?

Elsa Volberg interpuso amablemente su prieta esbeltez, entre el periodista y la portezuela por la que acababa de subir la estrella de cine.

—Tenemos una cita urgente, señor. Puede vernos de cuatro y media a seis en el despacho de los estudios «British Pictures Ltd.». Gracias.

El periodista sonrió. El cierre de la portezuela y el arranque del «Daimler», precedieron en segundos a la última palabra de Elsa.

—Pase por Berwick Place, Butch —ordenó Carla Janssen—. Faltan cinco minutos para las cuatro, y tenemos tiempo de retirar de la joyería las imitaciones encargadas.

Sentada al lado de Cassidy, Elsa Volberg de perfil, sonrió cuando Nina Janssen abandonó el confortable sillón para venir a reclinarsse entre sus dos guardianes.

—¿Qué quería este señor al que no dejaste pasar, Elsa?

—Es uno de los señores que preguntan, y como hacía fresco, le dije que viniera a preguntar a tu mamá, en sitio adecuado.

—Cuando yo sea grande, también me preguntarán muchos señores de esos, ¿verdad, Butch?

—Seguro que sí.

Desde atrás, Carla Janssen al atraer a su hija, sonreía con melancolía.

El «Daimler» penetraba en Berwick Place, cuando Carla Janssen, «Cara de Ángel» por remoque hollywoodense, exclamó:

—¡Siga a aquel hombre de cabellos blancos, en la acera izquierda, Butch! El que hace saltar en su mano una moneda.

Cassidy aminoró la marcha tratando de arrimar el coche a la acera indicada, mientras Elsa Volberg, tras echar un rápido vistazo hacia donde señalaba la actriz, se volvió para mirarla interrogante.

—Es Basil Lincoln, un diplomático al que conocí en París. Todo un caballero, muy inteligente, y me gustaría reanudar nuestra relación amistosa.

Y añadió la actriz, con sonrisa triste:

—No desconfíe, Elsa. El señor Lincoln me demostró ser una persona honorable.

—No se puede entrar en esta calle, señora Janssen. Pero aparcando aquí mismo, yo iré a buscar a su diplomático.

—Quiero darle esta sorpresa al buen señor —manifestó Carla Janssen.

Bajó ella del coche, cuando ya la *nurse* policial, ocupaba atrás su asiento junto a la niña.

Butch Cassidy, a cinco pasos de distancia tras su escoltada, observaba a la gente que pasaba con escrutadora rapidez. También Carla Janssen había recibido amenazas de muerte, si no se avenía a pagar la crecida suma que exigían los «kidnappers».

Y súbitamente, cuando ella doblaba la esquina, Butch Cassidy verificó

un avance de profesional de rugby, sirviéndose de codos y hombros, hasta que su corpachón formó parapeto humano delante de la actriz.

—No siga, señora. Ha sido un disparo, y no muy lejos. Vamos al coche, que al ver gente corriendo, se puede asustar Nina.

La mención de su hija hizo recobrar a la actriz su serenidad, mientras por el codo la conducía Cassidy hacia el aparcamiento de coches.

Y en el interior del «Daimler», ya de nuevo la *nurse* en su lugar, dijo Carla Janssen:

—Vi caer a Lincoln, y era un hombre alto con sombrero negro, el que disparó... Pero usted me interceptó la visibilidad cuando yo pretendía señalar al asesino, Butch.

—Ya declararemos llegado el momento, señora Janssen. Ni yo estoy aquí acreditado para investigar, ni pude ver al que disparó. Y usted ya soporta bastantes molestias, sin añadirse nuevas. ¿A los estudios, señora?

—Sí, Butch.

—Procure dominarse —aconsejó Elsa Volberg, haciendo una seña significativa hacia la niña que arrodillada en su asiento, miraba a través del cristal posterior del coche blindado, la gente que acudía hacia Berwick Street.

CAPÍTULO III

Los puestos de libros, de antigüedades, objetos exóticos y múltiples baratijas, dificultaban el paso por las aceras de Berwick Street en su último tramo que penetraba de lleno en el corazón del típico barrio de Soho.

Las bombillas de diversos colores, encendidas a partir del mediodía, daban al mercadillo de ocasiones de Berwick Street, aspecto de feria.

Un humano aluvión de buscadores de ocasiones, hormigueaba los sábados por la tarde, siendo menos turbulento las demás tardes.

La del lunes, solía ser tarde de calma, en comparación con el resto de la semana, aunque siempre las atracciones de la «Joyhouse» tenían concurrencia, y varias decenas de «conocedores» pasaban ante los estantes, entregándose al examen de supuestas gangas.

Aquel lunes 6 de octubre, pasaban unos minutos de las cuatro, cuando Harry Miller, alzando con el pulgar el seguro y encorvando el índice, calculó el momento en que tenía que extraer del bolsillo su arma.

Basil Lincoln caminaba despacio mirando a los lados, mientras en su diestra subía y baja rítmicamente, a poca altura, la moneda de penique.

Permaneció una fracción de segundo, muy erguido, detenido en su camino, por el balazo que taladraba su sien derecha.

Sobre los rumores de la calle y las atracciones de la «Joyhouse» se impuso en discordante restallido, el disparo.

Harry Miller no apretó por segunda vez el gatillo, sino que al igual que otras personas, se alejó del lugar donde Basil Lincoln quedaba tendido sobre un costado, inerte, crispada la mano derecha en torno a la moneda.

Hubo las consiguientes carrerillas, sustos, exclamaciones y en todos los semblantes la misma mueca de asustado asombro interrogante, hasta que resonó el estridente silbato de un policía de ronda.

Y al aparecer un coche policial, nadie estaba ya a menos de veinte pasos del cuerpo tendido en medio de la calle.

El policía que arrodillado, verificó la primera inspección, señaló a su acompañante el brazo derecho del cadáver tendido en prolongación vertical de la sangrante cabeza.

La mano derecha aparecía fuertemente cerrada, y al ser abierta con esfuerzo, lució en la palma, una moneda de a penique.

La señal mediante la cual entre el hampa londinense, se quería indicar que un delator había recibido su paga.

Por un callejón lateral, Harry Miller penetró en Wardour Street, dirigiéndose hacia la gran arteria de Oxford, en cuya esquina se detuvo junto a una columna de anuncios, para encender un cigarrillo.

Un modesto «Hillman» adquirido de segunda mano por el profesor de idiomas Nelson Thomas, vino a rozar el bordillo, y Miller subió junto al del volante, que puso de nuevo en marcha el coche.

—Perfectamente todo —dijo Miller—. Se arremolinó la gente, confusamente desconcertada, yendo en diversas direcciones. Nadie me ha visto lo suficiente para poder reconocerme, ni me han seguido.

Nelson Thomas de rostro regular, facciones inexpresivas, conducía hacia Charing Cross. Habló con lenta precisión:

—Supusimos que Lincoln tomaría precauciones, y le vi entregar una carta cerrada al propietario de un bar de Wardour. Allí dentro no puedes hacer nada, si hay gente. Pero es esencial que la carta no llegue a su destino. Hay que recuperar la carta en cuya elaboración empleó Lincoln más de hora y media. La entregó antes de las cuatro, y no ha tenido tiempo el propietario del bar, de comunicar con nadie, pero la policía visitará pronto el local, cuando averigüe que Lincoln salió de allí, como atestiguará el del bar.

El coche entraba ya en Wardour Street, y pasó lentamente por delante del bar con dos ventanales.

—Es el individuo alto que está leyendo una revista tras el mostrador —indicó Thomas.

—No hay nadie dentro, salvo él. Seguramente le dejaría Lincoln la carta, por si no regresaba, delatarnos. Hay que actuar deprisa. Vivo, este tipo nos perjudicaría.

—Yo vuelvo a la academia —dijo Thomas, frenando y deteniendo.

Bajó Miller en aquel trecho poco iluminado, y mientras se alejaba en dirección al bar, arrancó Thomas, que muchas veces había intentado clasificar en la escala humana, a Harry Miller, sin lograrlo.

Hasta para una banda de terroristas internacionales, Harry Miller resultaba un repulsivo asesino. Pero como decía el «Profesor» jefe, Miller tenía la ventaja de ser como el escorpión.

Lo definió así cuando en París asoció a la banda, como ejecutor, al evadido de un presidio centroamericano:

»—Nunca nos comprometerá, porque como el escorpión, cuando el fuego le rodea, si Miller se ve acorralado, volverá contra sí mismo su gancho venenoso. Su propia pistola, su único cariño. Su lema es matar o morir».

Harry Miller penetró en el bar de Wardour Street, alzadas las solapas de la gabardina, sombreada la frente y parte superior del rostro, por el ancha ala del sombrero negro.

No había nadie en el local para atestiguar que cuando Robert

Davenport alzaba la vista de su lectura de los resultados semanales de las carreras de caballos, en su entrecejo chocó con violencia un puño, del que sobresalía la culata.

Mientras golpeaba con la diestra, privando del sentido a Davenport, atrajo Miller con la zurda, asiendo por la corbata al que quedó de bruces sobre el mostrador.

El registro fue rápido, ya que la carta estaba en el bolsillo interior de la blanca chaqueta.

Miller al introducir la carta en su bolsillo, movió la muñeca derecha, haciendo bajar el cañón que aplicó en la sien de su segunda víctima.

Apretó el gatillo.

Y lanzó una maldición, porque por vez primera su arma se acababa de encasquillar...

Hizo jugar la recámara, y en aquel mismo instante, se abrió la puerta que a un lado comunicaba con la cocina y habitaciones interiores, apareciendo una mujer...

Miller se volvió de espaldas, y emprendió carrera hacia la puerta al estallar el grito estremecedor de Diana Davenport que corría hacia donde, de bruces, ensangrentado el rostro, su hermano resbalaba hacia atrás...

Abriendo la puerta, Miller empujó a un hombre que iba a entrar, y Chuck Weltam, el asociado de Davenport, permaneció unos instantes atolondrado.

Oyó a Diana, gritando entre sollozos:

—¡Ha matado a Bob! ¡El del sombrero negro...!

Chuck Weltam, extremo izquierda del equipo de segunda categoría Five Bolton, empujó a su vez a varias personas que, atraídas por los gritos de Diana Davenport, acudían.

Emprendió un veloz «sprint» hacia la silueta escurridiza que daba ya vuelta a la esquina de la manzana, donde varios callejones en dédalo, constituían una de las zonas de los estudios cinematográficos, la industria radicada principalmente en Soho.

Al desembocar en la calle por la que acababa de desaparecer Miller, Chuck Weltam le vio penetrar por el Imperial Impass.

Corriendo, se dio cuenta que varios transeúntes se paraban, y que un policía acudía a su encuentro.

Sorteó los brazos abiertos del policía, penetrando como una exhalación en Imperial Impass, y a su espalda oyó el toque de silbato.

Al fondo del callejón, Harry Miller estaba ya a horcajadas del muro que tapiaba un parque destinado a tomas de vistas exteriores.

Cuando saltó al otro lado, resoplando entrecortadamente, miró a los lados y al frente. La intensa luz de un foco convertía en blanco marco el balcón con terraza a unas veinte yardas, donde como sombras chinescas, un hombre vestido de escocés besaba la diestra de una dama arrogante en

su atuendo de fines del XVII.

El silbato del policía hizo que los dos actores miraran hacia el parque a oscuras, donde vieron a horcajadas sobre el muro al futbolista Chuck Weltam.

Olvidándose de la cámara, el actor Alan Dudley abrió la puerta cristalera, y su compañera de actuación, Leah Morrison se cruzó de brazos indignada, mientras oía las voces imperiosas del director, dando corte a la escena, repetida ya por quinta vez...

Harry Miller, viéndose a punto de ser identificado, corrió agachado hacia la otra tapia que circundaba los estudios Wilma.

Habían sido inútiles sus manipulaciones para extraer la bala encasquillada, y no pudiendo servirse de ella, un abyecto pánico salvaje inundaba la mentalidad del criminal.

Alan Dudley llegó al pie de la tapia, al mismo tiempo que Chuck Weltam.

Pero ya Harry Miller corría por el oscuro y desierto espacio entre dos hangares del estudio contiguo, y cuando Weltam saltaba el muro, no vio rastro del fugitivo.

Furioso, se desprendió de la mano que en su hombro colocaba el actor Dudley, para dirigirse hacia la verja que daba salida a otra de las estrechas callejuelas del barrio cineasta.

Dos agentes acudían a su encuentro, y entre ellos dos se encaminó hacia el bar, explicando incoherentemente la persecución fallida, y el ataque incomprensible al hombre de bien que era Robert Davenport.

Harry Miller caminaba por Old Compton, la concurrida calle de restaurantes y salones de té, cuya principal clientela era el personal del mundillo del cine.

Una llovizna menuda empezó a bruñir el asfalto, y quienes transitaban, tenían prisa por refugiarse bajo techo.

Harry Miller subió las escaleras del número 10 de Dean Street, confundido con grupos de pensionistas y estudiantes, que iban en busca del clásico refrigerio inglés de las cinco de la tarde.

Le abrió la puerta que comunicaba con el desván, Nelson Thomas.

Y cerrada la puerta, Miller tendió la carta, exponiendo:

—No me pudo identificar el del bar, pero se encasquilló mi automática. Un tipo me persiguió, y le di esquinazo.

—¿Estás seguro de que nadie puede describirte a la policía?

—Tan seguro como me llamo Harry. ¡Maldito trasto! Se averió cuando más falta me hacía. Será mejor que hable con Lena.

—Tienes el tiempo justo para ir a la clase. A las siete, ya hablarás con Lena.

Harry Miller pensó que la peor parte de su cometido en la asociación del Profesor era tener que dar todos los días, salvo sábados y domingos,

dos horas de clase de inglés a franceses e italianos.

Pero así quedaba justificado su alojamiento permanente en el altílo del número 10 de Dean Street, una más de las calles del cosmopolita Soho.

CAPÍTULO IV

La identificación reveló que el cadáver era el de un diplomático expulsado de la carrera, y lo que en un principio se creyó que era un crapuloso arreglo de cuentas entre hampones, se transformó repentinamente en investigación de mayor envergadura.

La policía metropolitana consultó a Scotland Yard, si convenía trasladar la indagatoria al «Intelligence Service», esperando para el interrogatorio de los testigos, que habían ya prestado una primera declaración.

A las cinco en punto, apenas transcurrida una hora desde el asesinato de Basil Lincoln, el sargento de guardia en la comisaría de Soho, tomó nota de la comunicación procedente de Scotland Yard:

—«Prosigan las investigaciones propias de un caso de asesinato, al inhibirse el Servicio Secreto, por no pertenecer la víctima al cuerpo diplomático en activo. Transmitan a diario copia del expediente, hasta la calificación del *coroner*».

El inspector a quién por estar de servicio pertenecía la investigación, regresó a su despacho, donde Herbert Jenkins, el librero de lance de Berwick Street tras cuyo muestrario cayó muerto Lincoln, bebió ansiosamente otro vaso de agua, volviendo a sentarse en la silla que le pareció incómoda, al verse de nuevo ante la observación del ceñudo inspector.

—Vamos a resumir, Jenkins. Se puso usted intratable, cuando el sargento que le tomó declaración no le acusaba de nada, sino que emitía una opinión razonable. No se enfurruñe, y admita una evidencia indiscutible: usted vio matar...

—¡No, señor, no, señor! «Oí» matar, que no es lo mismo. Y aun ni siquiera esto es cierto, porque mi puesto se encuentra frente a las atracciones, donde los ruidos abundan.

—La reconstrucción hecha antes del levantamiento del cuerpo, ha fijado matemáticamente la posición desde donde se disparó. A tres pasos de su puesto, Jenkins.

—¡De mi puesto, de mi puesto...! Hay graciosos que en la caseta de tiro, encienden petardos para asustar. Yo estaba de espaldas a la calle, en la acera, discutiendo con un comprador americano, el precio de una edición de Chaucer. La gente empezó a correr, y a preguntar todo el mundo cosas. Y usted, inspector, me podrá repetir cien veces que la bala la disparó alguien que estaba a mi lado, y yo juraré otras cien veces, que ni me enteré, y que no pudo ser el comprador de la edición de Chaucer, porque estaba delante mío, y me pagaba el precio convenido, cuando empezó la

gente a moverse y correr.

—En su declaración afirma usted que vio correr a la florista Jenny, y a un hombre alto y delgado, de sombrero negro. ¿De dónde salió este individuo?

—Lo ignoro, porque solo le vi de espaldas, como a tantas otras personas.

—El comprador que no pudo disparar a través de usted, ¿era un cliente antiguo?

—Alguna vez creo haberle visto rondar los puestos, pero no le conozco de nada.

—Pero asegura usted que es americano.

—Porque los de «allá» tienen su modo de hablar.

—Volvamos al individuo del sombrero negro. Aunque le vio de espaldas, podrá recordar el color de su cabello.

—Llevaba el cuello alzado, como muchas otras personas. Lo que sí puedo asegurar era que llevaba una gabardina de esas grises.

—¡Más alto que yo?

—Aproximadamente como usted, inspector, aunque menos corpulento.

—Bien, Jenkins. Le conocemos de sobras, para no saber que es usted un honorable ciudadano, y que si no puede aportar más ayuda, lo lamenta. Puede retirarse, y ya le convocaré para la declaración ante el *coroner*. Buenas tardes, Jenkins.

—Lo mismo le deseo, inspector.

Cuando el librero hubo salido, el inspector bajó la palanca del dictáfono, comunicando con la sala en la que aguardaban los testigos, una vez prestada la primera declaración, cuyas copias tenía ante sí.

—Testigo segundo —ordenó.

La mujer que hizo su entrada era la florista Jenny Smith, antigua corista, cuyo medio de subsistir era ofrecer por todos los locales de Soho, ramilletes de flores artificiales.

—Buenas tardes, señor —saludó, mientras se instalaba en el sillón que indicaba el inspector—. Ya me conoce bien a mí, y soy de las que aborrecen los líos. He dicho letra por letra cuanto sé.

—De acuerdo, Jenny. Pero dio la casualidad que sin darte cuenta tú eras la persona más cercana al hombre del sombrero negro.

—En aquellos momentos yo no veía a nadie, inspector. Salía de la «Joyhouse», y me empujaron.

—¿Hasta dónde?

—Perdí la caja de flores, y recuperé la respiración normal, en la esquina con Wardour, y volví para recoger mi caja. Me habían pisoteado las flores, y el guardia Flaherty me trajo aquí.

—Usted conoce a mucha gente en Soho y otros barrios, Jenny. Tengo la convicción de que el hombre que disparó con la frialdad de un profesional

a sueldo, en plena calle, es alguien conocido en el hampa.

—Si yo hubiera visto al asesino, no lo encubriría.

—De eso estoy seguro. En la sala donde estuvo esperándome, había dos hombres.

—Al señor Jenkins le considero un hombre bueno, inspector.

—Es mi propia opinión. ¿Y del otro que esperaba con usted, qué piensa?

—Es totalmente desconocido para mí.

—¿Era el hombre del sombrero negro?

—¡Oh, no!

El inspector apuntó a la florista con su lápiz, mirándola fijamente. Había hecho la pregunta sin mirarla.

—Antes dice que no vio nada, pero ahora acaba de afirmar rotundamente que el otro testigo no es el del sombrero negro. Aclare por favor, Jenny.

Se removió ella inquieta, lacrimosos los ojos, al manifestar:

—El guardia Flaherty nos acompañó al señor Jenkins y a mí hasta su comisaría, inspector. Y oí cosas: que si un hombre alto y delgado con sombrero negro... Y el caballero que espera en la sala de donde vengo, lleva un abrigo azul y sombrero gris claro. Aunque sea alto y delgado... Mire, señor inspector, yo me aturullo, cuando hay de por medio un muerto, y me hacen preguntas, pero nunca he mentado... en estos asuntos.

—Puede irse, Jenny. Será convocada.

—Gracias, inspector. Buenas tardes.

Por el dictáfono llamó el inspector al tercer testigo, en cuya declaración constaba su identidad comprobada por pasaporte: Frank Govett, natural de Los Ángeles, soltero, viajante a comisión de diversas casas americanas y europeas. Frank Govett, alto y delgado, de rubios cabellos y negros ojos, vestía con sobriedad elegante. Abultaba en el bolsillo del abrigo azul el libro que había comprado en Berwick Street.

—Buenas tardes, señor Govett. ¿Un cigarrillo?

—Gracias —y a su vez ofreció Govett la llama de su mechero al inspector.

—He estado consultando su declaración. Fue una lástima que tropezara usted con la caja de flores caída en la acera.

—Lo fue, porque para evitar caermé a mi vez, tuve que asirme al primer agarradero que encontré y cuando recuperé el equilibrio, ya se había esfumado el asesino. En casos así la gente suele estorbar, en la alarma que se produce.

—Usted declaró que estaba pagando al librero, cuando al tiempo de oír el disparo, vio salir al hombre de entre los dos puestos, el de Jenkins y el otro, cuyo dueño, enfermo, no estaba presente. Vio el sombrero negro, una gabardina corriente, solapas alzadas, y cuando cívicamente se lanzaba en

persecución del asesino, tropezó con la caja de flores, y después ya la gente se interponía. ¿Podría reconocer al hombre del sombrero negro, si lo pusiéramos en rueda con otros en el escenario de identificación?

—Indudablemente, y sobre todo, si le viera andar. Procuraré explicarme. Yo no le vi el perfil, ni ningún rasgo peculiar. Pero hay maneras de andar, si se observa. Y este individuo daba la impresión de un ser escurrido, muy ágil, que sin prisas, camina más que un torpe sujeto con prisas. Yo le puedo anticipar, que si me colocan a diez hombres en el escenario de identificación, haciéndoles andar normalmente, y les puedo ver por la espalda, no me equivocaré. Repito que si no llega a ser por la caja de la florista, no quiero dárme las de valiente, pero habría conseguido encauzar la atención hacia el asesino.

—¿Reside usted habitualmente en Londres, señor Govett?

—Temporalmente, a largos intervalos, porque distribuyo mi actividad en diversas capitales. En realidad mi residencia fija es en Los Ángeles, pero paso más tiempo en Europa. Estaré en Londres más de un mes, porque quisiera obtener contratos de varias fábricas de la máquina de control para calibrajes de precisión, cuya patente represento en exclusiva concedida en Los Ángeles.

—Bien, señor Govett. Agradezco su buena voluntad, y le convocaremos pronto. Por cierto, usted que viaja mucho, ¿por casualidad conocía a la víctima?

En pie ambos, mostraba el inspector unas fotografías adheridas recientemente a una cartulina. Frank Govett examinó detenidamente las diversas reproducciones de Basil Lincoln, obtenidas del fichero diplomático, y cedidas por el «Intelligence Service».

—Es extraño, pero esta fisonomía no me es desconocida. Tiene un gran parecido con alguien que yo he visto en algún sitio...

Tras otro examen, Frank Govett devolvió las fotografías y sonrió cohibido al decir:

—Perdóneme, pero no quisiera ser trivial. Ya sé por qué me dio la sensación de conocido este hombre. Hubo hace tiempo un veterano del cine, un actor llamado Lewis Stone...

—Exacto, y no es trivialidad, señor Govett. Me ha pasado lo mismo a mí. Buenas tardes.

Minutos después, el inspector leía el parte de entrada, del nuevo caso: «sombrero negro» actuando a las cuatro y media en un bar de la calle Wardour, dejando conmovido gravemente al propietario Robert Davenport, no matándole porque debió encasquillarse la pistola que aplicaba en la sien del desvanecido.

Leyó las declaraciones de Diana Davenport, Chuck Weltam y el actor Alan Dudley. Eran elocuentes, pero seguían dejando en la más completa oscuridad la identificación del asesino ágil, que sabía huir de la

persecución de un futbolista.

Por la declaración de Diana Davenport, se deducía que en vez de comer, Basil Lincoln dedicó cerca de hora y media a escribir algo, encerrado en uno de los compartimientos del bar-restaurante.

Sería preciso esperar a que Davenport estuviera en condiciones de declarar, y por el dictáfono, se limitó el inspector a ordenar que firmasen los nuevos testigos sus declaraciones, y esperasen a ser convocados de nuevo.

Llamó a su ayudante, entregándole el volante en el que acababa de escribir:

«Turno de observación en el interior de uno de los reservados del bar de Davenport y su asociado Weltam».

—Hay otro testigo, señor —dijo su ayudante.

—¡Vaya! Otro que habrá visto el sombrero negro. ¿Qué declara?

—Dice que solo puede hablar con el «mandamás».

—¿Eh?

—Es un sujeto algo grosero, señor, descarado...

—Dígale que el «mandamás» le invita a hablar. Oiga... Verifique si coinciden en los antecedentes o hay alguna concomitancia en cualquier ciudad europea o en los Estados Unidos, de Basil Lincoln y el testigo Govett. Y tráigame ahora a este testigo que posee la facultad de declarar solo ante mí.

Minutos después entraba Butch Cassidy, sobre cuya atlética figura el inspector deslizó una escrutadora ojeada.

—No se sulfure conmigo, jefe. Estoy de incógnito...

—Otro yanqui. ¿No le sería molesto, mi querido señor, declinar sus nombres, estado y profesión?

—Al instante, mi querido colega, al instante. Mi pasaporte normal, mi carnet federal, la licencia de uso de armas. Soy Butch Cassidy, soltero, y provisionalmente al servicio de Carla Janssen. Ella conoció a Basil Lincoln en París, y estábamos en la esquina de Berwick Street cuando mataron a Basil Lincoln. Bien, no supe entonces quién era el muerto. Pero dejando en los estudios de la «British Pictures, Lid.» a mi custodiada, fui a enterarme, y aquí estoy. Obtendré de Carla Janssen cuántos detalles sepa sobre Lincoln. Un trabajo fácil, por si le puede servir.

—¡Magnífico, espléndido, detective Cassidy! Usted pudo atrapar al sombrero negro, usted tenía que acudir allá donde su profesión le llamaba, y tranquilamente viene hora y media después...

—Mi misión es evitar que secuestren a Nina Janssen, o causen daño a Carla Janssen. Y a las seis tengo que estar de nuevo en los estudios. Usted, en mi nación, si estuviera con una consigna por cumplir, a ello se atendería.

Si a las cuatro, no hubiera yo dado escolta a Carla Janssen, créame que hubiera actuado a mi mejor entender.

Expuso Cassidy su actuación desde que la actriz reconoció a Basil Lincoln en el hombre que hacía saltar en su diestra una moneda, hasta que la obligó a regresar al coche.

Y al irse el detective americano, anotó el inspector:

«Descartar sospecha de que Jenkins, Jenny, Govett, se callan por temor a represalias del hampa. El asesino, tras disparar, no tuvo que inclinarse para colocar en la diestra del muerto el penique. Le bastó disparar y alejarse. Basil Lincoln llevaba ya el penique. Insistir en conveniencia de que un agente del Servicio Secreto colabore, descartado ya el vulgar asesinato hampón. La víctima es un exdiplomático, que en sus tiempos activos, pudo conocer muchas cosas estrictamente confidenciales. Y lo que antes supo, pudo ser hoy la causa de su muerte».

A las seis menos veinte, un informe de la clínica policial, exponía que Robert Davenport no estaría en condiciones de declarar antes de cuarenta y ocho horas como mínimo.

A las seis menos diez, un hombre llamado Walt Stevenson, detenido por aparcar su coche en un parterre de Soho Square, trataba de convencer al sargento de guardia de que no estaba embriagado.

—Palabra que estoy firme como una roca, sargento. Lo que sucedió es que los caballos se alborotaron.

—A la ducha con el ciudadano Stevenson —sentenció el sargento.



A la ducha con el ciudadano

—Un momento, un momento, beneméritos conciudadanos. Si me he bebido dos copas, ha sido para mitigar la impresión, porque no es corriente que un hombre reposado, persiga a un asesino, desde las cuatro.

—¡A la ducha! ¿No me oye, Flanagan? —bramó el sargento.

—Vamos —apremió el guardia, cogiendo por uno de sus hombros al

ciudadano Stevenson.

El periodista que venía a recoger noticias del asesinato de la calle Berwick, intervino riendo:

—¿De qué asesino se trata, Walt Stevenson?

—Del tipo delgado, del «sombrero negro», pero hay que guardar el secreto. La ducha espera, conciudadano Flanagan. Yo también soy irlandés. Curioso, ¿no? Oiga, sargento, la ducha templada...

El sargento comunicaba por el teléfono interior con el inspector de guardia, ahuecando la diestra en torno a la boquilla y sus labios:

—Un tal Walt Stevenson, detenido por entrar con su coche en un parterre del parque de Soho, está diciendo que ha bebido para serenarse de la impresión de haber estado persiguiendo hasta ahora al hombre del sombrero negro. ¿Lo mando a la ducha primero, señor?

—Tráiganlo.

El agente Flanagan, asiendo del codo a Walt Stevenson lo introdujo en el despacho del inspector, que ordenó, tras una ojeada:

—Aguarde fuera, Flanagan.

Walt Stevenson, apenas hubo salido el guardia, dijo:

—Si el periodista gacetillero de la edición de noche, ha de irse antes de que hayamos convenido el mejor plan, es preferible que dé usted un parte al sargento, confirmando que si bien estoy algo mareado, acabo de prestar evidencias contra el asesino de Basil Lincoln y agresor de Robert Davenport.

—Vaya, vaya... ¿Quiere usted su foto gratis en la Prensa? Venga, sus papeles.

—¿Cuáles? —inquirió, sonriente Walt Stevenson mientras se sentaba, encendiendo un cigarrillo—. ¿Los verdaderos o los falsos?

—Creo que está usted ansiando refrescarse, Hablaremos cuando esté en sus cabales. Deme la documentación.

—Walt Stevenson le presenta a «L-66». Confirmarán telefónicamente en el Ministerio de Guerra que soy «L-66», funcionando desde que se recibió su comunicación. Interesa que el gacetillero lea en el libro de partes, que Walt Stevenson, joven *dandy* rentista, detenido por embriaguez, afirma haber seguido en su coche al que mató a Basil Lincoln, perdiéndole de vista cuando abandonaba el bar de Wardour.

Escribía el inspector en el volante destinado al sargento, para su traslación al libro de partes. Indicó al terminar:

—El gacetillero transmite a su agencia a las seis y media, lo que sea interesante, para la columna última hora.

—Queda tiempo aun. Pero esta noche ha de leerse en Última Hora, que yo, Walt Stevenson, he seguido al asesino desde las cuatro hasta las cuatro y media. Mañana el asesino me buscará, apenas salga de esta comisaría.

—Siempre he sostenido la tesis de que en los asuntos donde interviene

el Servicio Secreto, un honesto policía saca la conclusión de que ustedes trabajan como un pescador que se ve obligado a atrapar peces con lazo. Bien, yo me inhibo entonces. Usted se ocupa...

—No, no. Usted sigue la esencial y siempre útil rutina, inspector. Yo solo soy Walt Stevenson, un testigo. Si el asesino se vio con algún cómplice entre cuatro y cuatro y medio, habrá novedades. Está puesto el «cerco» de salidas, y si algún extranjero manifiesta repentinos deseos de ausentarse, se pasará al tamiz sus motivos. Puede que perdamos el tiempo en mi servicio, pero cuando muere asesinado por un profesional, un hombre como Lincoln, resulta gráfica su imagen, inspector. Es como pescar con lazo peces escurridizos en aguas turbias. Y hablando de agua. Que me lleve a la ducha Flanagan y cumpliré aparentemente la penalidad de doce horas en celda, y pagaré la multa. Pero si hay novedad en el resto de la noche, la estudiaremos. Es preciso que el periodista saque la impresión de que yo, despejado, puedo aportar una gran revelación, aunque por ahora solo haya dicho cosas vagas. Figuro en el listín de teléfonos, como dueño de un confortable pisito de soltero en Mayfair. Mis vecinos me tienen por un elegante imbécil, que tuvo suerte en la guerra, porque volvió con vida. La empecé como piloto, y después ingresé en el «Intelligence», el año 42. Conocí a Lincoln en Berlín. Era todo un caballero, que se extralimitó en la bebida.

—¿Descarta el crimen vulgar entre hampones, Stevenson?

—Por completo. Lincoln seguía siendo un caballero, y en mi «oficina» han esbozado una teoría. Lincoln debió ver a alguien dedicado a turbios menesteres, y este alguien para evitar ser capturado, lo eliminó. Alguien que lo citó en Berwick Street.

Y Basil Lincoln, previendo la posibilidad de morir, escribió una carta, entregándola a Davenport. El mismo asesino liquidó a Lincoln, recuperó la carta, y no mató a Davenport porque le falló el arma, según han deducido ustedes. Y yo seré pues la tercera víctima, ya que soy un testigo siniestro, aun en mi frivolidad de soltero rentista. Diga, diga, inspector...

—Si el asesino vio cómo Lincoln entregaba la carta a Davenport, ¿no le era más hacedero suprimir a los dos en el bar?

—Saludo profundamente al servicio honesto de la metropolitana, inspector. Es la misma deducción que me ha hecho atender la indicación de mi jefe, proclamando embriagado que de cuatro a cuatro y medio seguí al asesino. Hubo un cómplice vigilando todos los actos de Lincoln, y otro esperándole para liquidarlo. Lógicamente, se reunieron después de muerto Lincoln. Un profesional del gatillo, y un inductor. Dos criminales inquietos.

—Comprendo ahora la puesta en escena. Usted está borracho, Walt Stevenson, porque si estuviera sereno, de su declaración resultaría la inmediata captura de estos dos desconocidos. Pero... mañana apenas abandone esta comisaría... En fin, usted volvió vivo de la guerra, «L-66».

—Y mañana empezará otra guerra tenebrosa, donde el joven imbécil Stevenson, jugará a detectives yendo a importunar a todos los testigos. Tanto gusto, inspector. Y cualquier noticia importante, ya sabe dónde me tiene —rio uno de los ases del Servicio Secreto británico.

El agente Flanagan acudió para mirar con reproche al joven elegante que, en el umbral, seguía diciendo:

—... si yo iba en coche, usted no ha de reprochármelo, capitán.

El periodista se colocó al otro lado de «L-66», que le dedicó vacua sonrisa:

—¿Sabe lo que pasa, amigo? Que no era irlandés el inspector. ¡A la ducha, Flanagan!

Desapareció tras un rastrillo el supuesto beodo, entonando la navideña canción irlandesa:

Rings the bell, rings the bell...

Y el gacetillero esperó el parte de inscripción, que a las seis y cinco iba trasladando el sargento.

Comentó, tras tomar notas:

—Un alegre muchacho, bebedor y sin preocupaciones, que al menos proporcionará seis líneas pintorescas. Penetró en un parterre, perdido el freno, convencido que siguió al asesino de Berwick Street. Cada crimen misterioso, aporta testigos de esta índole. Y este botarate, cuando vuelva a su casa, no recordará nada de nada. O tal vez, mañana aparezca por el anochecer en otra comisaría. Si no hay más noticias importantes dentro de media hora, «hincharé el pavo» dando más líneas al joven beodo.

* * *

Harry Miller en pie, junto a la mesa del entarimado, iba recogiendo los cuadernos que entregaban los alumnos de ambos sexos, después de dictar la versión en prosa de un poema de Keats.

Se limitaba a inclinar un poco el mentón a cada entrega y despedida de los inscritos en el curso de inglés para extranjeros.

A las siete y cinco, colocó los cuadernos en un estante del armario a cargo de Lena Clausen, y subió la escalera de caracol, hasta que en el desván, sentándose sobre la cama turca, procedió a desmontar su automática.

Encontró el fallo que había salvado la vida a Robert Davenport. Una bala, la que siguió a la alojada en la sien de Lincoln, al ser impulsada por el muelle del cargador, había empujado su punta de plomo, y el casquillo, en posición baja, no pudo recibir el impacto del percutor.

Estuvo absorto durante bastante tiempo, limpiando y engrasando pieza por pieza su arma. Después, eligió las balas, haciendo funcionar repetidamente el elevador del cargador, escupiendo las balas hacia la

cabecera.

Por fin, dedicó varios minutos a observar cómo la recámara expulsaba lateralmente las balas, una tras otra, perfectamente.

Ya no volvería a encasquillarse la «F. N.» que por unos instantes puso en peligro su vida, cuando le perseguían Chuck Weltam y el actor Dudley.

Miró su reloj, que marcaba las ocho menos diez. Tenía por costumbre ir a cenar temprano, y se disponía a revestir su gabardina, cuando llamaron en la puerta.

Descorrió el cerrojo, y reconociendo a Nelson, abrió.

—Complicaciones, Miller. Te hiciste demasiado visible, y la Prensa publica ya fantasías sobre «sombrero negro». Hasta un borracho afirma que le siguió desde Berwick al bar, y por lo tanto, pudo verme en el coche.

—Si hubiera visto tu coche, habría tomado la matrícula, y a esta hora la policía te habría cogido.

—Pueden ser invenciones de borracho, pero lo cierto es que convendrá de ahora en adelante que salgas lo menos posible, y por de pronto abandones tu afición a los sombreros negros de ala ancha. El Profesor lo exige así.

—¿Qué más?

—Fallaste con el del bar, que está conmocionado en una clínica vigilada. Cuando reaccione, puede hablar, aunque no creemos que Lincoln le dijese nada. ¿Te pudo identificar?

—No.

—Y ahora tómalo con calma. ¿Cómo se te ocurrió buscar tu retirada por los estudios Wilma?

—Cuando uno tiene que darle a los pies, no puede elegir caminos.

—Alan Dudley te conoce, y desde que Leah Morrison vino aquí a tomar clases de francés, y te trató, el actor sintió celos.

—No pudo reconocerme, porque me incliné, y el jardín aquel estaba a oscuras.

—Pero Dudley es testigo y puede pensar algún día en ti. Por suerte, entre los testigos, ninguno aporta evidencias que permitan identificarnos, y cuanto ellos digan, lo sabremos.

—¿El profesor tiene confidente en la policía?

—Mucho mejor. Es uno de los testigos.

Harry Miller alzó el labio superior en rictus complacido:

—Un gran talento, el Profesor. Se mete por todas partes.

—A eso debemos el ir pisando seguro. Él enmendará tu fallo.

—Falló la pistola, y no es mi culpa si apareció un individuo cuando yo salía del bar.

—Otra cosa, Miller. ¿Sabes quién es la florista Jenny?

—Una vieja que ronda por todas partes. Le compré una vez sus flores de papel masticado, porque Leah tuvo el capricho.

—Ya... Es una de las testigos. Iba a dos pasos tras de ti, cuando cayó Lincoln. El Profesor supone que ella se ha callado que te conoce por haberte visto algunas veces con la llamativa Leah. Seguramente pensará hacerse pagar. La está vigilando Lena, por si pretende hablar con Leah.

—Puede comprobarse si me reconoció, con ir yo a su encuentro.

—Esta vez me toca a mí actuar. No conviene que salgas. Lena tratará de sondear a Jenny.

—Los «chantajistas» piden dinero al principio, y cada vez más. Y una vieja como esta, hablará. Lo mejor es mi sistema. Yo iré a cenar como siempre, y llevaré el sombrero impermeable.

—En cierto modo, si te encuentran a faltar de pronto, podría llamar la atención. Le comunicaré a Lena, que has ido a cenar donde siempre. ¿Sabe Jenny que cenas en el «Rochester»?

—Allí es donde voy con Leah, y allí es donde me vendió sus flores de papel masticado.

—Escucha, Miller. Tú serás un técnico en disparar, pero ya que reconoces haber tenido un fallo esta tarde...

—He revisado el cargador. Ya no fallará.

—Tu misión consistirá en comprobar si Jenny sabe algo. Déjanos el resto a Lena y a mí. ¿De acuerdo?

—Vosotros mandáis —dijo Miller, recogiendo del perchero un sombrero gris impermeabilizado.

Y a las ocho y diez, se instalaba en un rincón del acogedor restaurante griego, donde era conocido como un taciturno profesor de la Academia Leonidas.

Estaba saboreando el postre de tarta con crema, cuando alzó la mirada. Le bastó ver la extraña sonrisa que retorció los avejentados rasgos de, la florista Jenny Smith, para adquirir la seguridad de que ella sabía quién era el asesino de Berwick Street.

—¿Unas flores, señor?

—Voy solo.

—La bonita Leah Morrison es amable con una pobre florista.

—Leah te comprará toda tu caja.

—Esto he pensado. Que a lo mejor, Leah Morrison... me pagaría muy bien. ¿Se va, señor?

—Eso parece.

Echó Miller en el platillo el importe de la cena, y abandonó el restaurante. En la acera, se detuvo para encender un cigarrillo.

A su lado, la antigua corista, grotesca bajo el sombrero redondo adornado con cerezas artificiales, espectral el rostro empolvado con exceso, frunció los delgados labios pintados, al susurrar:

—No he dicho nada, ni diré nada, señor.

—¿De qué, encanto?

—Usted ya sabe... A mí no me interesa. Pero le aseguro que la policía me apretó mucho en el interrogatorio.

—Tendrán que repararte la cabeza, Jenny.

—Yo no sé lo que pensaría la bonita Leah Morrison... Le sienta mejor este sombrero, señor.

Harry Miller abría y cerraba la mano diestra introducida en el bolsillo funda. La vieja florista caminaba a su lado, colgado ante el fofu busto, la caja con los ramilletes de papel parafinado.

Un «Hillman» rozó la acera, deteniéndose unas veinte yardas delante de la pareja que caminaba lentamente. Bajó Nelson Thomas...

Harry Miller vino a pararse junto al guardabarros posterior del «Hillman». Y a su lado, la florista habló roncamente:

—Una es pobre, señor. Y la vida enseña mucho... Con poca cosa, a mi edad nos contentamos.

—Escucha, Jenny. No sé de qué me hablas.

—Por favor, señor. Usted y yo sabemos, y nadie más sabrá. Yo con media libra diaria, una pequeña pensión en el Banco, podría volver a mi pueblo. Puedo esperar unos días, y soy vieja, señor. Tengo experiencia de la vida. No me pasará como a otros... Tan pronto en el Banco de Durham, me digan que desde Liverpool han hecho a mi nombre una transferencia bancaria de mil libras, me iré.

—¿Por qué desde Liverpool, Jenny?

—Saben que tengo allí parientes, ¿comprende? Firma usted la transferencia, por orden de James Smith...

—Estás en todo, Jenny. Bien, tendrás tu pensión vitalicia, muy pronto. Y ahora, largo de aquí.

Sonriendo servilmente, Jenny Smith se alejó. Nelson Thomas volvió lentamente hacia su coche. Miller le dijo, al pasar él:

—Teníais razón. Lo sabe todo. Líquidala. ¿Voy contigo?

Nelson Thomas no replicó, y poniendo en marcha, siguió con su coche a lo largo de la acera, volviendo a pararlo cuando vio a Jenny Smith detenida en charla comercial con Lena Clausen, que fingía elegir entre los varios ramos artificiales.

—... preciosas. ¿Las hace usted, señora? —inquiría Lena Clausen.

—Sí, señora. Yo misma...

—En mi piso, me agradecería adornar unas macetas pero de ramos mayores que estos.

Nelson Thomas bajó del coche, y de pronto saludó sorprendido:

—¡Hola, querida! ¿Te llevo a cenar esta noche, sí o no?

—Buenas noches, Jim. Estaba precisamente pensando en adornar con flores como estas, los maceteros del recibidor.

—Bah... Déjalo para otro día.

—Sería un momento, y esta señora podría, de acuerdo con el color de

los maceteros, componer unos ramos grandes. En fin, otra vez ya nos veremos, señora.

Jenny Smith, olfateando una buena venta, suplicó:

—Un momento solo, señora. Ver los colores de su macetero, y mañana, le traería maravillas.

—¿Nos llevas en tu coche, Jim?

—Bueno, si no tarda mucho tu florista.

Jenny se sentó atrás, junto a Lena. No era la primera vez que le hacían encargos semejantes.

El «Hillman» entró por Essex, y cuando llegaba al cruce de Canonbury, dijo Lena Clausen:

—Mi piso está en un *cottage* de la carretera de Essex. No aprietes tanto el acelerador, Nelson.

Al tomar la curva primera de la carretera, Nelson Thomas frenó en seco. Proyectada hacia delante, Jenny Smith no pudo darse cuenta de que era una culata lo que chocaba en su cabeza.

La empujó Lena Clausen por la abierta portezuela, echándola a la carretera...

Por dos veces el «Hillman» se bamboleó a un lado y otro, al pasar sus ruedas por encima de la florista, cuyo cráneo estaba hundido por los culatazos de Lena Clausen.

La llovizna había formado charcos que fueron quitando toda huella en los neumáticos del coche, en el que regresaban a Londres, los dos ayudantes de más confianza del «Profesor».

CAPÍTULO V

Carla Janssen apagada la luz, arropó el cubrecama, y besando a la dormida niña, abandonó la gran alcoba, en la que permanecía Elsa Volberg prestando sus servicios de guardiana, teniendo al alcance de la mano, los botones pulsadores del aparato portátil que hacían converger cuatro focos potentes y deslumbradores, hacia donde conviniese, según la alarma.

En el comedor de la «suite» de seis habitaciones del Regent, Butch Cassidy controlaba los movimientos del *maître* y los dos camareros, que del carrito portador, iban trasladando a la mesa el servicio para cuatro cubiertos. Cena fría.

Apenas hubieron salido los camareros y su jefe, dijo la actriz:

—Ya ha comprobado usted, Butch, que los cuatro detectives de escolta que nos ha facilitado la Agencia Silverstein, son una garantía para mi hija.

—He comprobado, sí, señora.

Ella, sentándose junto a la mesita del bar particular, sonrió conciliadora:

—Espero convencerle de que no es un capricho mío, el querer conseguir que la muerte de un amigo mío, sea vengada.

—La policía de Inglaterra es inmejorable. Tiene usted suficientes preocupaciones, sin que sea necesario añadir una más.

—Fuimos testigos de cómo mataban al señor Lincoln.

—No lo fuimos.

—Pero yo conozco el pasado del señor Lincoln, y puede que de pronto recuerde algo que dé luz sobre la personalidad de su asesino.

—Hizo usted muy mal en no consultarme, antes de declarar al periodista de los estudios, que usted conoció a Lincoln en París, y que él le hizo muchas confidencias. Escuche, señora Janssen... Yo me comprometí a que usted y Nina quedaran salvaguardadas de todo peligro. ¿Y qué hace usted para facilitarme esta misión? Incitar al que mató a Lincoln, para que venga a silenciarla. Me consta que no es un crimen vulgar, sino algo más serio. Y usted ya es bastante buena como actriz, sin necesidad de acudir a saciar a los chicos de la prensa, con afanes publicitarios, que pudieran tener por epílogo una esquela en la misma Prensa que esta noche publica que usted tratará de recordar ciertas cosas confusas que le expuso Lincoln en París.

—Estando con usted, voy segura siempre, Butch. Tardan en venir mis amigos.

—Lo que le sucede a usted, es que le sobra corazón. Apenas alguien le saluda, ya está considerándolo un amigo de la infancia.

Ella rio suavemente:

—Estoy segura por lo que se refiere a mi hija. Ahora, usted solo ha de preocuparse de mi persona. Ya sé que su lema es: «No son personas las que yo escolto, sino bonos del Estado». Ha tenido ocasión de comprobar que no soy coqueta, y que solo amé a un hombre, mi marido, hasta que un accidente de aviación me lo arrebató. Todos me miran con agrado. Usted, Butch, me mira como el equilibrista contempla el jarro de porcelana, temiendo que se rompa.

Butch Cassidy no podía decir que para él Clara Janssen, era un «bono del Estado» ni una porcelana fría, sino una viuda dulcemente enternecedora, por su hermosura y bondad. Tan distinta a muchas actrices que anteriormente conoció por su profesión, y que inventaban robos o amenazas, con cargo al presupuesto de propaganda.

Replicó con humorística sonrisa:

—La miraré de otro modo, tan pronto sepa de dónde procede la amenaza.

—Sería preferible pagar lo que piden...

—Dando así motivo a que otros canallas se alistén en otros intentos de *kidnap*.

—Ha terminado el plazo que me dieron para pagar los cien mil dólares.

—Y usted no contenta con estar a riesgo de una visita de pistoleros, azuza a un asesino que anda suelto, y que puede ser cualquier persona que le pida un autógrafo.

—Repito que con usted a mi lado, estoy tranquila. ¡Ah, ya están aquí Leah y Alan!

Butch Cassidy acudió a la puerta y la entreabrió, manteniendo abajo como prudente cierre su pie derecho. Acabó de abrir al ver a la llamativa Leah Morrison y el apolíneo Alan Dudley.

—Buenas noches, «Leopardo» —saludó ella, avanzando hacia Carla Janssen, con la que rozó la mejilla—. Hemos tardado un poco, querida, porque Alan se siente detective.

—Una plaga —rezongó el detective Cassidy.

Alan Dudley, tras de besar la diestra de Carla Janssen, había pasado tras el bar, atendiendo la petición de Leah. Contestó risueño:

—Los profesionales están deformados por la práctica, Cassidy. Y nosotros los aficionados, tenemos la espontaneidad del instinto. Yo sostengo que si el asesino atravesó los exteriores de los estudios, es porque los conoce, y sabía que por allí escaparía a la persecución del futbolista. La policía trata de averiguar qué concomitancias existen entre el personal de los estudios y Basil Lincoln. Irán eliminando las coartadas, y cuando reúnan a varios individuos altos, delgados, muy ágiles, yo identificaré al asesino. Así lo he declarado.

—Alan quiere verse en la primera plana, como identificador de un

asesino —dijo Leah Morrison—. Pero lo único que vio fue una sombra corriendo agachada.

Durante la cena, la conversación versó principalmente sobre cine.

Cassidy no necesitó ser detective, para adivinar que Alan Dudley estaba enamorado de Leah Morrison, la cual le trataba amablemente, con afecto.

Eran soportables, decidió Cassidy en su fuero interno. Tenían un gran interés en demostrar que estaban agradecidos a Carla Janssen, que los había elegido por compañeros en un futuro rodaje.

En la sobremesa, acudió Cassidy a abrir, y tras retirar el servicio, el *maître*, ya en la puerta, recogió de manos de un bolones, una caja larga, recubierta de celofana, que transparentaba unas flores blancas.

Se despedían Leah Morrison y Alan Dudley, siendo inútil su insistencia en que Carla Janssen fuera con ellos al club nocturno de Windmill.

Cassidy, cerrada la puerta, colocó las rosas en un florero, y estaba recogiendo su sombrero, cuando Carla pidió:

—La tarjeta, Butch.

—No traía ninguna.

—La mentira resplandece en su rostro, mi buen amigo.

Butch Cassidy miró la mano abierta que ella tendía, y en ella colocó el blanco sobre en cuyo interior una cartulina escrita a máquina, decía:

«Hasta la media noche del martes siete puedes elegir entre blanca mortaja o desprenderte de cien mil dólares».

Volvió ella a leer el mensaje en voz alta, por fin dijo:

—Usted decide, Butch. Buenas noches, y felices sueños.

—Eso es.

Lo deseaba sinceramente, pero lo expresó ceñudo.

En la gerencia le comunicaron que la cajita con las flores para la actriz, vino en la saca de recogida del buzón exterior del hotel. Llevaba un papel ordinario de embalaje, en el que estaba escrito a máquina: «Carla Janssen».

Butch Cassidy decidió que el día siguiente, atardecido, habría llegado el momento de actuar.

La amenaza exponiendo el medio para entregar el dinero, había tenido su origen tres semanas antes, en los Ángeles.

Se reiteró quince días después, en un hotel de Nueva York. La primera vez, una carta ordinaria, por correo. La segunda, una cartulina deslizada bajo la puerta de las habitaciones del hotel, en la ausencia de la actriz y su hija.

Butch Cassidy empleó tres horas, repasando los registros de viajeros procedentes de Los Ángeles y Nueva York, auxiliándose en el fichero «Index», facilitado por el F. B. I. a sus consultas, y el que le proporcionó

Scotland Yard.

Conduciendo el coche blindado, iba pensando que entre los viajeros que figuraban en los registros, ninguno coincidía en Los Ángeles, en Nueva York, y en Londres, siguiendo a Carla Janssen y su hija. Pero existían organizaciones, cuyas ramificaciones en diversas capitales, tenían por meta obtener dinero en tráficos múltiples.

Esto hacía difícil descubrir de dónde podía proceder la amenaza: era preciso encontrar la primera ruedecilla del engranaje. Lo sería quien recogiese el dinero, pero el procedimiento ideado por los *kidnappers* en aquel caso, hacía casi imposible la identificación de nadie.

No podían emplearse billetes marcados, porque el pago de los cien mil era exigido en lingotes de oro, de los contraseñados para su empleo en joyerías. Unos lingotes que eran considerados como moneda contante y sonante, en cualquier joyería.

Debían encerrarse los lingotes en cajas de madera de las empleadas para contener botellas de champaña.

Y la caja, permanecería en evidencia sujeta al portaequipajes de la plancha superior del «Daimler», sobre la carrocería.

El mensaje deslizado bajo la puerta de las habitaciones del hotel de Nueva York, especificaba que allá donde fuera Carla Janssen, hiciera aparecer en toda la prensa matutina, el siguiente anuncio, tan pronto se decidiera a asegurar la existencia de su hija y la suya propia:

«C. J. durante todo el día de hoy, cumplirá lo convenido».

Un anuncio inserto en la columna dedicada a correspondencia, que pagó Cassidy para su aparición en la prensa de la mañana del día siete, martes.

Y regresando al hotel, recordaba la última recomendación de las dos cartas anteriores:

«... El coche será aparcado sin nadie dentro ni en torno, en lugar que designaremos telefónicamente, el día en que aparezca el anuncio, y a la hora que señalemos».

Diversas eran las composiciones de lugar que se había hecho Cassidy. Pero concretamente solo sabía una cosa: conduciría al día siguiente el «Daimler» blindado hacia el lugar que le dijeran, llevando en el portaequipaje en lo alto de la carrocería, una caja de champaña.

El que la abriera sería identificado.

Lo sería aunque él, Butch, estuviera muerto o muy lejos del coche abandonado. Y la ruedecilla del engranaje, conduciría a la captura de la máquina entera.

Durmió a fondo, satisfecho. No le importaba la idea de morir al día siguiente, con tal de que fuera extinguiéndose la suposición de que la peor vileza, el *kidnap* pudiera efectuarse, sin que todos sus autores cayeran siempre bajo el peso de la más severa represalia.

* * *

Dormía plácidamente «L-66» en el camastro de la celda, en los sótanos de la comisaría de Soho, cuando demostró que su entrenamiento físico, no correspondía a su aspecto de «dandy» despreocupado.

El bien engrasado cerrojo empezaba a deslizarse desde fuera, cuando Walt Stevenson estaba ya incorporado, bien despierto.

Entró el inspector Milton, corriendo la mirilla exterior, antes de cerrar la puerta.

Vino a sentarse a los pies del camastro.

—Jenny Smith, la florista, ha sido recogida en la carretera de Essex, atropellada al parecer. Y para la columna de sucesos de los periódicos, así constará. Pero he de reunir mañana a primera hora a todos los testigos, y notificarles que sus vidas están en peligro constante. De momento, hay agentes míos vigilando el domicilio de cada testigo, menos el hotel donde se aloja Carla Janssen, que ya tiene buena guardia. Cassidy es un buen detective, pero supongo que deberá seguir ignorando que usted es «L-66».

—Para eso nos dan números en el Servicio Secreto, inspector. ¿Emplea «sombbrero negro» el método de atropellar testigos?

—Jenny debió callarse que reconoció al asesino, y pensaría obtener algún beneficio. El dictamen de autopsia, en la parte que no constará en el registro a disposición de la Prensa, determina que dos heridas que en la base del cráneo llevaba el cadáver de Jenny, proceden de un instrumento romo, con anchura y largo muy semejantes al de una culata de automática. Descartamos cualquier crimen de móvil clasificado entre los comunes, dadas las condiciones en que vivía y se ambientaba Jenny. En la sección de accidentes, figurará el atropello de Jenny, en pocas líneas, y por tratarse de una florista conocida en los lugares de diversión de Soho.

—Con lo cual, «Sombbrero Negro» y los suyos, intentarán mañana o cuando sea, lo antes posible de todos modos, terminar con el joven botarate Walt Stevenson.

—Usted sabe componérselas, pero es que la Prensa ha ventilado varias declaraciones comprometedoras: Carla Janssen, Alan Dudley, Frank Govett han dicho que por un motivo u otro, podrán tal vez identificar al asesino de la calle Berwick. Solo el librero Jenkins ha dejado bien en claro que no vio nada absolutamente.

—Y Robert Davenport tiene guardia infranqueable en la clínica. Pero los demás...

—A eso voy, «L-66». Usted trabaja por su cuenta, y yo no puedo tomar la responsabilidad de que otro testigo muera.

—Convoque a todos los testigos para las nueve, salvo a Jenkins. A mí también. Desde aquí, pasando por el cuarto de aseo, subiré a su despacho. ¿No es guardaespaldas y detective Cassidy? Nadie mejor que él para garantizar la vida de los testigos. La Prensa no puede dar publicidad al hecho de que los testigos se sienten amenazados, y de este modo, el asesino se confiará. Lo atraparemos. Yo mañana, haré una propuesta. Usted la aceptará. Si coloca usted sus mejores agentes vigilando a cada testigo, nunca se aproximará el asesino, y el «bluff» será descubierto. Son testigos relativamente peligrosos para el asesino, mientras este no vea transcurrir muchas horas sin que lo atrapen. Por lo que he leído del expediente de indagatoria, ninguno de los testigos, incluido yo, podemos comprometer para nada al asesino. Pero este leyendo la Prensa, sacará las siguientes conclusiones: Carla Janssen conoció a Lincoln en París, y trata de recordar confidencias. Frank Govett afirma que cuando le presenten sospechosos en rueda, identificará inmediatamente a «Sombrero Negro» por cierto modo de andar. Alan Dudley viene a decir algo parecido; Chuck Weltam también. Y yo he estado media hora siguiendo a «Sombrero Negro», pero bebido como una cuba. Testigos al parecer peligrosos para el asesino y sus cómplices, pero si pasan días, y no intenta salir de viaje nadie que no justifique su prisa, seremos el hazmerreír de «Sombrero Negro». Queda solo un sistema. Mañana por la mañana, reunidos los testigos, expondré con petulancia un plan, que usted estudiará, y creo aceptará. Quisiera seguir durmiendo, inspector Milton. A partir de mañana a las nueve, no sé cuánto tiempo tendré que dormir con un solo párpado cerrado.

—¿No sería mejor que Cassidy conociera su verdadera identidad, Stevenson?

—No. Lo siento mucho, señor, pero somos dos ramas distintas...

—¿No irá a sospechar de Cassidy!

—De él, no. Pero de los demás testigos, sí. Y Cassidy es un buen detective, no un comediante. Le verían los otros tratarme como a alguien importante, cuando interesa que yo para todo el mundo, incluido usted, a partir de las nueve de la mañana, sea el joven botarate, que aparca su coche en un parterre, y tiene empacho de novelas policíacas. Buenas noches, inspector.

—Hasta mañana, «L-66».

* * *

Nelson Thomas volvió a apartar un poco la cortinilla de la ventana que, desde el despacho a oscuras, le permitía ver sin ser visto.

A la altura del cuarto piso del número 10 de Dean Street, la acera de enfrente, ofrecía una perspectiva exigua, pero suficiente para comprobar que entre las personas que transitaban, existía una diferencia.

La lectura de la prensa nocturna, mantenía en estado de vigilancia a los miembros de la «Academia Leonidas», que constituían el personal alojado en todo el piso cuarto: Lena Clausen, Nelson Thomas y el hombre que Lincoln conoció en París, como profesor Kormendi, y en Londres era el profesor Leonidas.

Thomas dejó caer blandamente la cortinilla y atravesó el despacho, en cuyo tabique había el compartimiento empotrado de la cama plegable, y pasó a la oficina de recepción.

Le constaba que Harry Miller dormía en el desván, ajeno a todo. Era un instrumento de ejecución, no de consulta.

Encendía Nelson el segundo cigarrillo, cuando apareció Lena Clausen, procedente del rellano, y manteniendo la puerta abierta, notificó:

—Nos espera a los dos, Nelson. No hay motivo de alarma.

Thomas siguió a la secretaria de la academia, hasta la puerta de acceso al departamento izquierdo. Una placa esmaltada decía:

FRANK GOVETT

Representaciones

Y el comprador de la edición de Chaucer, arrellanado en confortable sillón del salón-estudio, sonrió al entrar Thomas. Lena Clausen permaneció en pie, junto al sillón en que exponía Govett:

—No cabe dudarlo, y son dos policías los que vigilan esta casa. Pero la deducción sería absurda, si pensáramos que han descubierto quienes somos. Habrían subido varios, querido. Ha transcurrido una hora, y siguen separadamente en su misión de vigilar la puerta. Simple rutina policíaca de protección a un testigo, y lo vas a comprobar, Nelson. Iré al bar de Freddy, me beberé un coñac, y compraré tabaco en el quiosco de la entrada del «Neptun». Vosotros dos mirad lo que hacen estos dos sabuesos.

Cuando Frank Govett atravesaba a lo ancho la calle, y llegaba a la acera de enfrente, donde se hallaba el bar «Freddy», uno de los transeúntes, apresuró el paso hacia el mismo bar.

En el mostrador apuró Govett su copa, pagó, y se disponía a salir, cuando a su lado, el policía de facción enviado por el inspector Milton, acompañó su zancada a la del representante comercial.

—Buenas noches, señor Govett. Tengo orden de comunicarle que mañana a las nueve, se halle en el despacho del inspector Milton. Y sería preferible que esta noche no saliera.

—Gracias, amigo mío. Iba ahora a comprar tabaco, aquí al lado.

—No hay inconveniente.

Salían ya ambos a la calle, y añadió el policía:

—No se le telefoneó ni visitó, para no inquietarle. Pero será mejor que permanezca en su piso.

—¿Cree que corro peligro?

—Yo lo ignoro, señor Govett. Cumpla órdenes. Buenas noches.

A la entrada del club de noche, en el quiosco, adquirió Govett un paquete de cigarrillos. El policía permaneció en la acera, mientras volvía Govett a atravesar la calle.

Minutos después, ante Lena Clausen y Nelson Thomas, exponía:

—Si estuve presente en la muerte de Lincoln, y testimonié, queda demostrado que era el mejor sistema de comprobar primero que Miller no fallaba, y darme cuenta después, del giro de las investigaciones. Caben ahora dos suposiciones: han comprobado que la muerte de Jenny no fue un accidente, y temen por los restantes testigos. O bien, es simple rutina policíaca. Mañana a las nueve, me convoca como testigo el inspector Milton. Vosotros, la normal rutina... Y el profesor Leonidas no recibe. Eso es todo.

—Acuérdale que Dudley o Leah, pueden pensar en Miller.

—Me acuerdo, Nelson. Y tú acuérdate, que los nervios están a nuestro servicio, y no deben manchar en nuestro cerebro. Huir sería no solo delatarnos, sino echar a rodar años de constante y paciente labor. Si Miller estuviera ya localizado, no estaríamos charlando. Y si vienen en busca de Miller, no pueden inculparnos de tener a sueldo un profesor de inglés, que por asuntos privados mató a Lincoln. Además, Miller no es de los que pueden ser interrogados. ¿Te queda algún recelo, Nelson?

—El borrachín llamado Walt Stevenson.

—Otro que como Dudley y la propia Carla, hablan y no dicen nada. El único peligro era Jenny Smith, y ha quedado eliminado.

Nelson se despidió tranquilizado.

A solas con Lena Clausen, señaló Govett el tabique recubierto por estantes de libros, giratorio, y comunicante con el vecino departamento:

—El profesor Leonidas volverá a estar ausente una temporada, cosa que no impide el buen funcionamiento de nuestra academia. Buenas noches, Lena.

—Si Miller quiere salir para visitar a Leah, ¿qué?

—Déjale. Nuestra organización sigue firme. Yo respondo, como lo he demostrado en otras ocasiones mucho más arduas. Nadie busca un objeto perdido, encima de una mesa donde esté bien visible, sino en cualquier rincón que sea escondite. Y yo, Frank Govett estoy bien visible como testigo voluntario.

CAPÍTULO VI

A las nueve de la mañana, el inspector Milton esperaba que en su despacho fueran sentándose los testigos convocados, y que eran llamados en el corredor:

—¡Un momento, un momento! —protestó el que se disponía a cerrar la puerta del despacho.

La mujer que pretendía entrar lo consiguió, por sorpresa, y avanzando hacia la mesa tras la que en pie, Milton la miraba con severidad, declaró ella:

—¡Yo puedo decirle quién mató a Basil Lincoln, señor comisario!

—Inspector por ahora, señorita... Tenga la bondad de esperar a ser llamada. Unos instantes, por favor. ¿Sus nombres?

—Patricia Scott. Pero no soy ninguna histérica que...

—Por favor —cortó, secamente, Milton.

La mujer, bien vestida, de unos treinta años, de rientes ojos grises y rostro risueño, sacudió los rizos rebeldes de sedoso brillo castaño que desbordaban del gorro de piel negra y lustrosa, que hacía juego con manguito y abrigo.

Pero se dirigió a la puerta que mantenía abierta un policía.

—Monísima es Patricia, inspector, y puesto que...

—Cállese, Stevenson. Les he reunido, porque cada uno de ustedes ha testificado de modo que en el momento adecuado, pueda ser útil su identificación. Pero debido a un suceso acaecido esta noche, es mi deber advertirles que su cívica actitud me hace responsable de sus vidas. Tenemos la certeza de que la persona o personas desconocidas que mataron a Lincoln, han asesinado, esta noche, a uno de los testigos.

Fue puntuando con el lápiz los testigos que citaba:

—Señora Janssen, señorita Morrison, señorita Davenport, señores Weltam, Govett, Stevenson y Dudley: desde este mismo instante tienen derecho a pedir una escolta policial hasta el término de la encuesta.

—Oiga, inspector; ya que aquí todos somos ciudadanos conscientes, fíjese que está esperando Patricia, que sabe quién es el asesino. Y nosotros, podemos corroborar...

—¿Conoce usted a la señorita Scott, Stevenson?

—Es la que estuvo aquí hace un momento. ¿Ya no la recuerda?

Sentados en círculo, los siete testigos tenían aspecto de presuntos herederos en un despacho notarial.

Milton hizo una señal hacia la puerta y el policía la abrió, llamando:

—¡Scott, Patricia!

Entró sonriendo y decidida, avanzando hacia la silla que le indicaba Milton y que se apresuró Stevenson a presentar.

—Bien, señorita Scott. Las señoras y caballeros aquí presentes, figuran como testigos en la encuesta sobre la muerte de Basil Lincoln. Usted dirá en qué puedo servirle.

—Mi deseo es poderle servir, inspector. Una de mis compañeras le conoce a usted, de cuando aquel caso de estranguladores del «Hotel Regent», en que usted intervino con una valentía escalofriante.

—Agradezco la buena opinión de su amiga, y le ruego concrete.

—Verá usted... Al despertarme, fui por el desayuno —manifestó con desparpajo ella, fingiendo no darse cuenta del embeleso con que la admiraba su vecino, el que había presentado la silla—. Y al hojear el periódico, vi retratado al cliente que ayer mismo, poco antes de que lo asesinaran, así en plena calle, había estado hablando conmigo de cosas que entonces me parecieron poco interesantes, pero que al verle retratado, me han hecho pegar un salto y acudir volando, porque no era para menos...

Milton alzó la diestra, atajando a la que hablaba con volubilidad.

—Permítame que inscriba en este impreso las rutinarias cuestiones. ¿Estado y profesión?

—Soltera, sin compromiso serio, y manicura en la peluquería del número 14 de Golden Square. Vivo con mis padres y hermano en Windmill, 78, cuarto piso.

—Y asegura usted que ayer poco antes del suceso, habló con Basil Lincoln.

—Como ahora con usted, inspector. Frente a frente, pero le sostenía al señor Lincoln una de sus manos, alternativamente.

—¿Hora más o menos?

—Las dos menos veinte.

—¿Cómo lo recuerda tan exactamente?

—Porque mi hora de salida suele ser la una y treinta, pero un cliente se retrasó, y cuando me disponía a mudarme la bata por el abrigo, entró Lincoln y se sentó en la silla a mi cargo. Naturalmente, entonces no tenía yo idea de que se llamase Lincoln, pero como tenemos cierta experiencia en reconocer a los clientes por sus modales, me di cuenta de que Lincoln fue todo un señor, y que debía estar pasando momentos críticos. La camisa limpia, pero usada, la ropa de buen corte, pero deslustrada. Lo curioso es que sus manos eran de las cuidadas, denotando que se manicuraba por lo menos dos veces a la semana. Primero comenté que hacía un día agradable, y él me contestó que en efecto lo era para quien, como él, tenía en perspectiva dos excelentes obsequios de los irónicos dioscecillos. Textual, inspector, y si me extendiendo demasiado, usted me para.

—Le escucho atentamente, señorita Scott. Describe usted bien.

Ella miró en torno complacida. Sin descaro, juvenilmente satisfecha. Se

veía que le gustaba ser escuchada con tanta atención.

—También mi oficio en pequeña escala se parece al suyo, inspector. Nos hace observar a todo el mundo con ojos críticos. Los dos excelentes obsequios a que se refería Lincoln eran según él, poder contemplarme y tener en perspectiva un buen viaje hacia una isla tranquila, sin brumas. Pobre señor.

Miró ella al policía que, en pie junto al sillón ocupado por el inspector, mantenía en alto un manojo de lápices de varios colores, sobre un bloc abierto.

—¿Hablo demasiado aprisa? Veo que no toma taquigráficamente...

—Señorita Scott, cíñase a los hechos. Mi colega es un experto en dibujar según las descripciones que puedan efectuar los testigos. ¿Qué dijo Lincoln después de citar una isla sin brumas?

—Se extendió en consideraciones sobre los trópicos, y aunque ya no dijo nada más de particular, su modo de conversar era ameno. Y voy a lo más intrigante. Claro, yo en aquellos momentos, no podía tener ni la más leve sospecha de que estaba manicurando a un caballero que iba a morir asesinado... Y no supe que yo... ¡vi al asesino!

En la pausa efectista que Patricia Scott creó tras su última frase declamada enfáticamente, el policía dibujante esgrimió el sujeta-carboncillo para trazar el bosquejo sensacional.

Milton siguió interrogando con un arqueado de cejas.

—No lo supe hasta hojear el periódico, y encontrarme con la foto de Lincoln. Quisiera ser explícita, pero no acierto a exponer mis razonamientos.

—Por ahora, todo magnífico —opinó, seriamente, Stevenson.

—Gracias —aceptó ella, sin mirarle—. Ayer, cuando vi asomar al hombre que sin duda alguna seguía a Lincoln, si hubiera sabido que este iba a ser asesinado poco después, me habría concentrado más. Ahora trato de hacerlo, pero es memoria visual, difícil de concretar.

—Sucedé así —admitió el inspector—. Pero el policía Dodd nos ayudará.

James Dodd, mirando la hoja del bloc sin estrenar, inquirió:

—¿Muy alto, señorita Scott?

—¿Quién? ¡Ah, se refiere usted al que seguía a Lincoln! Así de pronto, me asusté, porque estaba mirando al inspector, y... Bueno, pues no, no era muy alto. Un hombre corriente, señor Dodd.

—¿Llevaba un sombrero de fieltro negro, de anchas alas?

—Oh, no... Negro no era, pero francamente no acierto a dilucidar si era gris. Es una imagen borrosa.

—¿Muy grueso?

—Corriente, ni alto ni pequeño, ni grueso ni flaco, y para acabar de confundir mi recuerdo, llevaba una gabardina corriente. Me temo que

estoy resultando una testigo pésima.

—Espléndida —susurró Stevenson.

—No estamos aquí reunidos para divertirnos, Stevenson. Prosiga su interrogatorio, Dodd —indicó el inspector.

—¿Bien afeitado, con bigote fino, negrísimo? —insinuó Dodd.

Leah Morrison ladeó la cabeza, como si al escuchar aquella descripción, recordara algo... Frank Govett la miró fijamente.

—Pues, verá... Era un rostro vulgar. Será absurdo, señores, pero tengo la convicción de que si de pronto lo viera delante, lo reconocería en el acto. Pero así, tratando de recordar de memoria sus facciones, imposible.

—¿Andaba aprisa?

—Como cualquier persona corriente.

Fue Milton el que ahora preguntó:

—¿Cómo se dio cuenta que espiaba a Lincoln?

—Coordinando después de leer el periódico, recordé que Lincoln, al entrar, miraba hacia la calle. Después, vi pasar una vez a este hombre sin ninguna seña particular, el mismo que, al irse Lincoln, le siguió de lejos.

—¿Ancho de espaldas? —inquirió Dodd.

—Es lamentable lo que me pasa, pero repito lo mismo de antes. Como ignoraba la importancia de cada gesto de Lincoln y quién le seguía, no me fijé con detenimiento. Y en cambio, puedo asegurar que si de pronto lo viera frente a mí, al que ahora no acierto a describir, lo reconocería en el acto.

—Muy bien, señorita Scott. Llame al señor Cassidy, Dodd.

Tragando saliva, emocionadísima, miró Patricia Scott hacia la puerta que abría Dodd, llamando:

—¡Cassidy, Butch!

Entró el guardaespaldas, y, decepcionada, musitó Patricia:

—¡Qué va! No es él, inspector. Este señor tiene mucha personalidad.

—Es un testigo más. Trataré de resumir la situación en pocas palabras. Usted, Cassidy, como detective especializado en escoltar personas que puedan tener en peligro sus existencias, responde por la integridad física de la señora Janssen. Pero los demás testigos aquí reunidos, han hecho declaraciones que pueden inducir al asesino profesional, a repetir el crimen que esta noche fue perpetrado en la persona de la florista Jenny Smith, cuyas declaraciones dieron a entender lo que más o menos todos ustedes han dicho. Cualquiera de ustedes, reconocería en rueda al asesino. Esto lo sabe él. Si esta noche ha sido simulado un accidente en la persona de la testigo Jenny Smith, no puedo afrontar la responsabilidad que recaería en mí, si cualquiera de ustedes fuera la nueva víctima de este caso. A cada uno de ustedes le pertenece el derecho de tener dos agentes de escolta.

—Somos ocho, con lo cual necesitamos dieciséis guardianes. Incómodo

y gravoso para el contribuyente —sentenció, con gravedad, Walt Stevenson—.

— Puedo opinar, ¿no, inspector?

—Queda demostrado, joven.

—Soy del parecer del señor Stevenson —intervino Govett—. Es incómodo tener constantemente cada uno de nosotros, dos agentes custodiando nuestra persona.

—En algún caso que se presentó parecido —decretó Cassidy—, eran reunidos los testigos en un hotel, y se les indemnizaba por los días que duraba el estado de peligro, evitando así perjuicios a sus familiares.

—Es lo que rige también en Inglaterra, si los testigos aceptan esta segunda protección. Pueden pues por separado decidir entre la escolta particular o la conjunta con indemnización.

—Pero yo mismo, por ejemplo, protesto si han de seguirme a todas partes dos caballeros —adujo Stevenson—. Visito a mi tía Maud, que es muy chiquilla, y podría confundirse al verme escoltado...

Tras cuchichear inclinado a un lado de la silla que ocupaba Carla Janssen, manifestó Cassidy:

—Teniendo hoy que realizar ciertas gestiones, y dejando por unas horas sin escolta a la señora Janssen, ella acepta permanecer bajo protección conjunta con los testigos que lo deseen.

—Yo misma —declaró Leah Morrison.

—También yo —dijo Alan Dudley.

Chuck Weltam declaró:

—La señorita Davenport también. Yo... preferiría seguir en mi bar, inspector. Es un sitio público, y no necesitaré escolta.

—Atentaron contra su socio, Weltam. Usted se unirá a los demás testigos. ¿Desea escolta personal, señor Govett?

—Lo prefiero, porque tengo pendientes varios asuntos. Si se prolongase esta situación, me uniría a los demás testigos, para no constituir una excepción.

Miró Milton a Stevenson, que en pie arguyó:

—Supongamos que el asesino tarda meses en ser atrapado. ¿Voy a estar yo con dos sombras durante meses?

—Es libre de prescindir de escolta, si transcurren más de ocho días, desde este mismo momento en que cada uno firmará su conformidad.

—Yo digo una cosa —opinó Patricia Scott—. Si el dueño de la peluquería no me despide por faltar al trabajo, creo que me uno al grupo de escolta conjunta.

—Descuide, que su patrón comprenderá la cívica razón por la que usted no acude al trabajo, señorita Scott. Percibirá los emolumentos que le corresponden, y serán avisados sus familiares. En casos como este, por fortuna excepcionales, Scotland Yard tiene por costumbre ofrecer a los testigos, hospitalidad segura en una dependencia por completo aislada del

Hogar para estudiantes de la Escuela Técnica de Criminología de Richmond. Tendrán todas las comodidades de un buen hotel, sin los inconvenientes de este, donde pueden infiltrarse elementos que hagan más difícil la tarea de los agentes encargados de responder por sus personas.

—Si me es lícito opinar, sugiero una idea que acaba de ocurrírseme y que me parece, modestamente genial —expuso Stevenson—. Heredé una casa de campo, a seis millas de Londres. Piscina, pistas de tenis, sala de baile, biblioteca, discoteca, etc. Y verá lo que pienso... Colocando bien disimulados a unos cuantos leones suyos, inspector, ¿sabe lo que ocurrirá si la Prensa alude a que estamos todos reunidos en mi casa de campo? A lo mejor acude el asesino ese... Bueno, el par de asesinos, porque ya somos más en poderlos identificar. Y ha comprobado con la declaración de la señorita Scott, que no fueron vapores de embriaguez los que me hicieron declarar privadamente que vi a dos hombres. Uno, el alto y escurridizo, y otro, ese tan vulgar. No es desprecio por su Hogar de policías, inspector, pero me parece que todos nosotros nos encontraríamos menos molestos disponiendo de amplia libertad en la casa de campo que tiene un buen parque y todo lo que hace imposible que durante unos días nos aburramos. ¿Acepta, Patricia?

—Eso, ha de decidirlo el señor inspector, joven —reprochó la manicura. Milton, poniéndose en pie, determinó:

—A su elección queda, señoras y caballeros. Yo voy a elegir varios agentes. Acompáñeme, señor Govett, y así con dos agentes podrá ya regresar a sus ocupaciones.

CAPÍTULO VII

Cuando llegaban al rellano del cuarto piso, y mientras introducía la llave, comentó Frank Govett:

—Ustedes decidirán la forma de escolta más conveniente, aunque persisto en creer que es excesiva precaución.

Uno de los agentes permaneció en el rellano, y el otro entrando, cerró la puerta, para preguntar atravesando el recibidor:

—¿Las ventanas posteriores dan a un patio o a la calle, señor?

—A un patio, y no hay escalera de incendios —sonrió Govett, ya en su despacho—. Tengo un montón de correspondencia por tramitar.

—Lo toma usted con buen humor, y lo celebro, señor, pero si el inspector Milton se preocupa es porque tiene la convicción de que el asesino de Lincoln y la florista, es de los que sustentan la teoría de los profesionales, de que tanto se muere en la horca por una acusación de asesinato que por diez, y lo que les importa es evitar que puedan identificarles para acusarles del primer asesinato.

—Encerrándome en este despacho, estoy a cubierto de todo riesgo, ¿no es así?

—Estando mi compañero fuera, y yo en el patio posterior, no hay peligro. Hasta cuando usted mande, señor Govett. Con su permiso echaré una ojeada al resto del piso.

Poco después, Govett acompañó al policía hasta la puerta, cerró, y regresó a su despacho. Pulsó los resortes que hacían girar el estante de la biblioteca, y pasó al despacho del «profesor Leonidas», desde el que empleó el teléfono interior para comunicar con Lena Clausen, la secretaria de la academia:

—«Avisa al profesor sustituto de Nelson, para que se haga cargo por una semana de sus clases. Y esta tarde, que otro sustituto releve al profesor Miller. Deja en tu sitio a Helen, y vosotros tres acudid tan pronto termine Nelson su clase».

Sobre la mesa, desplegó Govett un plano de Londres, en el que aparecían doce grandes círculos concéntricos. El centro correspondía a Charing Cross, y cada círculo estaba trazado a intervalos de una milla, representada en escala por dos centímetros. El Támesis formaba como un diámetro sinuoso.

A las diez en punto entraba Lena Clausen seguida por Harry Miller. Este se sentó a un lado de la mesa, mientras ella tendía un periódico, abierto y doblado por la página cuya mitad inferior era dedicada a las extrañas notas de correspondencia entre personas que por muy variados motivos no

podían efectuarlo normalmente.

A lápiz rojo estaba encuadrado el mensaje inserto por Butch Cassidy:

«C. J. durante todo el día de hoy, cumplirá lo convenido».

Entro Thomas Nelson, que pasó al otro lado de la mesa. Frank Govett le miró con dureza:

—Te vio una manicura cuando estabas siguiendo los pasos de Lincoln y por suerte no te ha descrito con exactitud, pero ya estáis los dos reunidos en la pesquisa.

—¿Dónde trabaja la manicura? —preguntó, secamente, Miller.

Frank Govett denegó con la cabeza.

—De momento, vuestras torpezas han permitido a varios testigos estar en condiciones de reconocer si os pudieran coger como sospechosos y someteros al examen de Patricia Scott, Walt Stevenson y Alan Dudley. Además, cuando el policía que dibujaba los rasgos vagos que describía la manicura, citó los tuyos, Miller, Leah Morrison se puso pensativa, como si tratara de recordar a quién se parecía «el hombre del sombrero negro».

—El futbolista me perseguía, y el único medio de escapar al encasquillarse mi pistola, era pasar por terrenos que conocía.

—Lo hecho ya no tiene arreglo. La situación es esta: Leah Morrison puede citarte, y si Alan Dudley, Stevenson y el futbolista, empiezan a encontrarte parecido con «el del sombrero negro», también citará ella que te gustaba este color. Y acabaría con nuestra organización, que la manicura te reconociera a ti, Nelson. Por lo tanto, arreglado el asunto del dinero que ha de entregar Carla, os iréis los dos a la academia de París. Tú, Miller, por Escocia, permaneciendo en Glasgow unos días, y tú, Nelson, tranquilamente, sin temor, ya que la manicura no tendrá ocasión de identificarte. No, no... Yo no empleo los métodos violentos, salvo en último caso. Bien, olvida ahora las complicaciones surgidas por culpa de la intromisión de Lincoln, y concretemos los puntos. Cassidy ha puesto ya el anuncio, y citó en comisaría que hoy tenía gestiones que realizar. Estará pues esperando al teléfono en el hotel.

—¿Desde dónde llamo? —inquirió Lena Clausen.

—Primero, habéis de comprender que Cassidy hará lo imposible por coger al que vaya a hacerse cargo del dinero. Tiene que dejar el coche en el sitio que le señalaremos, con la caja de los lingotes. El sitio no lo puedo yo elegir, puesto que tengo dos guardianes de escolta permanente.



En este punto prepara su trampa Butch Cassidy

Y señaló Govett hacia el piso vecino, prosiguiendo:

—Como me conviene estar a la escucha de lo que vayan comentando los demás testigos, diré que despachada ya la correspondencia pendiente, prefiero unirme a los otros, que han aceptado la escolta conjunta que vigilará la casa de campo de Stevenson. Te telefonaré a las ocho en punto,

esta noche, al restorán, para darte la dirección, y como secretaria mía, vendrás a traerme correspondencia. Así estaremos en contacto. Si me preguntasen, diré que te dejé la llave de mi departamento, y que a diario, mientras dure la investigación, has accedido a servirme de secretaria, en horas ajenas al desempeño de tu secretariado de la academia. Vais a ir los tres en el coche a elegir el sitio adecuado, Lena. El sitio que cumpla las condiciones ya estudiadas para este caso. Telefonearás al hotel de Cassidy, desde cualquier bar de Londres, para comunicarle que espere otra llamada, recordándole que quedará rota toda negociación, al menor síntoma de que el coche esté vigilado. Telefonearás tú, Nelson. Te recomiendo que estudies la zona del Frogmore Park, a la que convergen varias carreteras. Dile por teléfono a Cassidy, cuando le sea señalado el lugar exacto, a una hora que le permita llegar con luz de tarde, que deje puesta la llave del contacto, y no cierre la portezuela. El resto como siempre. Y recuerda que llevas mi representación, Lena. Ellos te obedecerán. Recogido el cajón, lo dicho, Nelson. Tú a París, y tú, Miller, a Glasgow.

—Puede que Leah pregunte por mí —dijo, hoscamente, Miller.

—Los profesores de esta academia sucursal de París, como la de Berna, viajan con frecuencia, Harry. Y esta vez, te conviene y mucho, ausentarte. Id al coche.

Salieron los dos, y cerrada la puerta, preguntó Lena:

—¿Instrucciones particulares, Frank?

—He decidido que debemos retirarnos, Lena —sonrió Govett.

Su sonrisa tuvo la insidiosa malignidad suficiente, para que ella, bajando imperceptiblemente la voz, dijese:

—Pensaba lo mismo, Frank.

—Adviértele a Nelson, que ya ha llegado el momento en el que Miller se ha convertido en una amenaza para nosotros. Que Miller recoja el cajón, y vigilad vosotros dos lo que haga Cassidy apenas abandone su coche. No es un detective ordinario, que se resigne a obedecer limitándose a cumplir lo que le ha ordenado Carla. Intentará algún medio para atrapar a Miller. Has de evitarlo. Cuando tengáis el cajón, Miller debe desaparecer de nuestra organización.

—Si le encuentran muerto, vendrán a preguntar a la academia. Y siendo tú, el vecino...

—Dije que Miller *debe desaparecer*, como hicimos con la viuda de Taylor. Un baño de sulfúrico, al regreso de vuestra expedición. Y a las ocho, cuando te telefonee, espero que no habrá novedad.

—Me cuido de todo, Frank.

Media hora después, Frank Govett abandonaba su piso, y dedicó el resto del día a visitas comerciales relacionadas con sus representaciones.

Con su inseparable escolta, fue a visitar al inspector Milton, con el propósito de comunicarle que habiéndolo dejado todo en orden, y

obtenido una secretaria provisional, dejaba ya de ser una excepción, aceptando reunirse con los demás testigos.

* * *

Robert Davenport reaccionó antes de lo esperado por los médicos que le asistían. Declaró que no vio al hombre que le golpeó, y pidió la carta que le había dado a guardar Lincoln.

El inspector Horace Milton dijo que la ropa que llevaba cuando fue agredido, ya había sido registrada, para ver si era el robo el móvil del ataque. Y no había ninguna carta.

—¿No le dijo Lincoln nada acerca del contenido de la carta?

—No, señor. Me dijo que no era su testamento, sino una precaución, por si no volvía antes de las ocho, y que se la entregase a Chuck. El que me golpeó debió verle entregar la carta...

—Eso es. Bien, le dejo porque el médico se impacienta ya. Celebro que se mejore, Bob... No se preocupe por su hermana, a la que iré a comunicarle que está usted fuera de todo peligro.

* * *

Butch Cassidy descolgó el teléfono, y una voz masculina, manifestó:

—«Siga en su habitación, hasta que vuelva a llamarle, Cassidy, para indicarle sitio y hora. Espero para bien de todos, que cumplirá normalmente el convenio apalabrado.

—Así lo quiere ella —contestó.

Colgaron, y el detective regresó junto al cajón vacío que debía rellenar de lingotes amarillentos, y prosiguiendo en la instalación interior que no tenía nada que ver con el «convenio apalabrado».

* * *

—Es en efecto una buena idea, Weltam —aprobó Milton—. La señorita Davenport, en casa de sus familiares de Dover podrá atender bien a su hermano, y se hallarán mejor que en la casa de campo de Stevenson. Ahora, fíjese bien en lo que le pregunto: ¿ha recordado algo fuera de lo corriente, en lo que hiciera Basil Lincoln esos últimos días?

—He estado dándole vueltas, y solo veo tonterías sin importancia. Por ejemplo, anteayer noche, o sea, el domingo, ya tarde, el señor Lincoln estaba un poco bebido, aunque conservara siempre su corrección, y me pidió un lápiz, a ser posible, de color encarnado. Son tonterías...

—Siga, Weltam.

—Fui a buscarle lo que pedía en la caja donde guarda Diana sus lápices de colores, que le sirven para los bordados. Cuando le entregué el lápiz,

me preguntó el señor Lincoln si había inconveniente en que arrancase una hoja del periódico que estaba leyendo. Le dije que podía llevarse todo el periódico, pero insistió en solo arrancar una hoja. Se lo cuento, por si le sirve de algo, señor inspector.

—¿Qué periódico era?

—El «Times», porque le gustaba mucho al señor Lincoln.

—¿Arrancó la hoja?

—Con mucho cuidado, doblándola por el margen, pasando la uña...

—¿Era el «Times» dominical?

—Sí, señor. El del día mismo.

—¿Qué hacen con los periódicos atrasados, Chuck?

—Pues, los amontonamos, y Diana, que es muy cuidadosa, forma paquetes que entrega quincenalmente a una sociedad de esas que remiten lectura a ceñiros coloniales.

—¿Sabe si estará en el bar el periódico del que arrancó Lincoln una hoja?

—Estará en la caja donde Diana va guardando la prensa atrasada.

—Muy bien, Chuck. Puede que nos sirva. Dígale a la señorita Davenport que comprendo perfectamente que le altere los nervios, después de lo sucedido, el estar separada de su hermano. Los tres estarán mejor en Dover, y el médico garantiza que Davenport está en condiciones de ser trasladado en ambulancia, sin el menor peligro. Y espero que no pase muchos días cerrado el bar.

—Mi idea no es ir a Dover, señor. Yo podría continuar en el bar, con dos agentes suyos, y así tal vez, el asesino...

—Sigo siendo un viejo policía apegado a los viejos métodos poco ingeniosos, pero seguros, Chuck. De todos modos, gracias por su valiente oferta de servir de posible señuelo. Usted hará mejor servicio protegiendo a los hermanos Davenport.

Provisto del «Times» del domingo anterior, el inspector Milton visitó el bar, cuya puerta metálica ostentaba un letrero, participando a la clientela, que volvería a abrirse, tan pronto Davenport estuviera repuesto de su accidente.

En la caja indicada, encontró el periódico del que faltaba la hoja de anuncios. Lo manipuló como si se tratase de un objeto precioso. Midió distancias, y cortó exactamente por el mismo sitio la hoja de anuncios del periódico que llevaba.

Después recorrió con la lupa la superficie de la hoja siguiente a la que faltaba, y halló lo que estaba buscando. Un recuadro algo irregular como trazado con mano temblona, formaba una depresión en el papel, acusando la huella del lápiz rojo que había marcado un anuncio en la hoja que faltaba.

A su lado, James Dodd presentó una hoja de papel fino.

—Calque usted mismo, muchacho —dijo Milton, complacido.

El policía dibujante calcó la huella dejada a través de la hoja de anuncios donde Lincoln encuadró algo con el lápiz rojo, y trasladó con exactitud la huella sobre la misma hoja del periódico traído por Milton.

—Ahora veamos dónde enmarcó Lincoln con lápiz rojo.

James Dodd tardó bastante en encontrar la coincidencia deseada. Por fin, trazó el enmarcamiento. Y leyó ávidamente Milton, en voz alta:

«ACADEMIA LEONIDAS. Inglés para extranjeros».

«Buenos honorarios a profesor británico que domine húngaro y alemán. Presentarse Dean Street, 10».

Decepcionado comentó:

—Guarde todo esto en la carpeta. Por simple rutina, iré a la academia, pero de antemano sé lo que voy a conseguir. El hombre anotó estas señas, y a lo mejor ni fue allá. Y si fue, obtuviera o no la plaza, ¿qué pista nos pueden dar en una academia de idiomas?

Miró su reloj. Marcaba las tres cuarenta de la tarde.

A las cuatro menos dos minutos, llegaba al cuarto piso del número 10 de Dean Street.

Permaneció inmóvil, como el perdiguero que de un momento a otro espera que alce el vuelo el ave «levantada».

«FRANK GOVETT.

Representaciones».

Miraba con fijeza la placa esmaltada que aparecía en la puerta a la izquierda, frente por frente de la que daba acceso a la academia de idiomas.

Dos extrañas coincidencias; Frank Govett, testigo de la muerte de Basil Lincoln, era también vecino de la academia que había atraído la atención a Basil Lincoln.

Dio media vuelta, volviendo a bajar lentamente las escaleras. Y al entrar en el coche, que se dirigió a comisaría, preguntó:

—¿Tiene la dirección del testigo Govett?

James Dodd extrajo de su carpeta la hoja correspondiente.

—Frank Govett... Pues, reside en el cuarto piso izquierda, de la casa que acaba usted de abandonar, señor.

—¿Curioso, verdad? A las doce y cuarto aproximadamente, la portera vio salir ayer a Basil Lincoln, al que volvemos a encontrar a las dos menos veinte, haciéndose la manicura, y participando que es un día estupendo para él, porque tiene en perspectiva un viaje. No hemos encontrado en su cuarto ni en sus ropas, la hoja que arrancó del «Times», y que

posiblemente tiraría por la calle, al dirigirse a la academia. Si un policía pregunta en la academia, si Lincoln la visitó entre las doce y media y la una y media, nos dirían que no, si tienen algo que ver con la muerte de Lincoln.

Enmudeció Milton, y en el despacho, ordenó que se presentara el agente encargado de la sección de Registro de Extranjeros residentes en Soho, al que expuso:

—Necesito lista completa del personal que compone el profesorado de la Academia Leonidas, el historial de su director, y la relación de la sección de visados, de todos los viajes realizados por Frank Govett, en los cinco últimos años. Usted, Dodd, vaya a buscar a Stevenson.

Media hora después leía Milton el primer informe enviado desde la sección de Registro de Extranjeros:

«La Academia Leonidas, sucursal de la Kormendi de París y Berna, está dirigida por el profesor Gregory Kormendi, húngaro, que reside por temporadas en nuestra capital. No consta ningún antecedente suyo, y se piden a París y Berna.

»Consta como secretaria administradora, Lena Clausen, también húngara, que al igual que el profesor Kormendi, realiza viajes a París y Berna.

»El profesorado es eventual, verificándose intercambio entre las tres academias, teniendo solo como profesora fija, que es secretaria-directora en ausencia del profesor Kormendi y Lena Clausen, a la señora Helen Barclay, británica, residente con carácter permanente en Londres.

»La Academia Leonidas, fue inaugurada el 7 de enero del año pasado, y en la actualidad su cuadro de profesores es el siguiente:

»Helen Barclay, británica.

»Jean-Paul Cresson, francés.

»Wilma Aeabi, suiza.

»Lena Clausen, húngara.

»Thomas Nelson, británico.

»Rudolf Martens, suizo.

»Harry Miller, británico».

El inspector Milton se reprochó mentalmente la sugerencia de que la internacionalidad propia de un profesorado de idiomas, pudiera ser la base de una organización de espionaje.

Era desorbitar la cuestión, pero el hombre asesinado era un exdiplomático.

Y el vecino de la Academia Leonidas, realizaba constantes viajes. Pero tenía que tratarse de mera coincidencia. Si tuviera algo que ver con la

muerte de Lincoln, ¿iba a presentarse como testigo?

Prefirió atenerse a la rutina, en espera de la llegada de Walt Stevenson.

CAPÍTULO VIII

A las cinco menos cuarto, el teléfono repiqueteó en la habitación del hotel que ocupaba Butch Cassidy.

Thomas Nelson desde la cabina de un puesto de gasolina de las afueras de Londres, especificó:

—En la milla tres de la carretera de Sadbury, aparque el coche en la entrada del camino a Manor Hill. Deje el contacto puesto, y abierta la portezuela. Es preciso que le vea tomar el autocar de regreso a la capital, que tiene su parada en la hostería de Frogmore. Su coche quedará a su disposición dos horas después de que usted me lo deje. Póngase ahora mismo en camino.

Thomas Nelson oyó la respuesta afirmativa, y colgó el aparato, para ocupar el asiento posterior, al lado de Miller, del «Hillman» conducido por Lena Clausen.

—Es indudable que si Cassidy quiere tendernos una trampa, habrá ya comunicado las señas del camino de Manor Hill, y estarán yendo a la hostería de Frogmore —dijo Nelson.

—Pero él conducirá el «Daimler» por la carretera de Sadbury, y sabe que vigilarémos su paso. El sitio elegido reúne todas las condiciones requeridas. Harry te cubrirá por completo, Nelson, cuando recojas el cajón. Y comprueba rápidamente si contiene lo convenido, para que, en caso contrario, Harry se ocupe del detective. Cada cual sabe ya lo que debe hacer —y terminando la frase, frenó ella.

Harry Miller bajó, y el «Hillman» pasó poco después por delante de la hostería de Frogmore, llegando minutos más tarde al cruce con el camino que conducía a Manor Hill.

Lo rebasó, y se detuvo tras describir el pronunciado viraje. Thomas Nelson bajó, pasando de la cuneta al altozano, y penetrando en la boscosa llanura desde la que se divisaba Manor Hill y sus contornos.

Fue andando unos instantes, hasta quedar reclinado contra uno de los álamos próximos al camino de Manor Hill.

Vio cómo el «Hillman» remontaba hacia el cruce de carreteras de Frogmore Park, y pensó que el sitio era excelente, porque resultaba imposible la emboscada.

Tanto Lena como Miller verían sin ser vistos, y Butch Cassidy de no acudir solo, cometería el primer error. Lo previsible era que dejara el «Daimler», y fingiera obedecer en todo, dirigiéndose a la hostería que era a la vez parada de la línea del servicio regular de autocares de extrarradio.

La trampa podía consistir si había avisado a la policía, en que esta

cercara aquel terreno, porque como había expuesto Lena Clausen, la petición de que dejara la llave del contacto y abierto el coche, haría suponer al detective, que al menos durante algunas millas, lo emplearían.

Y para cercar el camino de Manor Hill, existía una imposibilidad topográfica, dada la abundancia de carreteras que convergían en Frogmore, y el estratégico emplazamiento del «Hillman».

Todo estaba calculado, como un problema largo tiempo estudiado por técnicos. La distancia a recorrer por el «Daimler» a una media normal, permitía deducir, si transcurrían demasiados minutos por encima del tiempo previsto, que Butch Cassidy dejaba pasar el tiempo suficiente para que la policía fuera tomando posiciones.

Entonces solo les quedaba aplazar la operación de cobro, y proceder Miller a la eliminación de Cassidy, y al rapto de la hija de Carla Janssen, simultáneamente.

Respiró Lena con aceleración emotiva, porque se, acercaba el instante difícil. En la recta de la carretera acababa de aparecer el coche gris perla, en cuyo porta-bagajes superior, se perfilaba netamente la caja de madera, donde Lena Clausen, con sus prismáticos, pudo leer una marca de champaña conocidísima.

* * *

Butch Cassidy conducía a una media horaria normal. Hacía ya muchos días que había tratado de estudiar los fallos del sistema empleado por los presuntos secuestradores.

Y no era difícil suponer que habían elegido un lugar de aparcamiento que quedase a la vista, desde diversos puntos.

Estaba bien elegida aquella extensa llanura con intermitencias de parajes boscosos, que aparecían como pequeños islotes de verdor, en la lisa superficie surcada por varias carreteras.

Dejando atrás el puesto de gasolina, se cruzó con un autocar, y poco después pasaba frente a la hostería de Frogmore, cubiertas ya dos millas y entrando en la recta que iniciaba la milla tercera.

Era indudable que no emplearían su coche, puesto que se lo pedían demasiado claramente...

Frenó al divisar el poste indicador de cruce, y a escasa distancia vio la pancarta que señalaba el camino hacia Manor Hill, por el que penetró, parando a las cinco yardas.

A la izquierda, arboleda. A la derecha, un llano. En frente la colina. Bajó dejando la puerta abierta, y desde tierra soltó el broche de sujeción de la triple correa que aseguraba firmemente la caja de champaña sobre el porta-bagajes.

Entonces, empezaban los pasos difíciles, porque tenía que andar

presentándose como blanco fácil. Pero no existía aún motivo para que disparasen sobre él.

Ya en la carretera general, se encaminó hacia la hostería que distaba unas doscientas yardas.

No había nadie visible a derecha e izquierda. Pasaban coches, y todo tenía apariencia de normalidad...

* * *

Thomas Nelson, apenas vio alejarse por la carretera a Cassidy, saltó el camino, y subiendo al estribo abrazó la caja, poniendo en tensión los músculos hasta lograr alzarla de un extremo, colocarla al borde del portabagajes, y deslizarla hacia abajo, manteniéndola contra el pecho.

La colocó en el suelo, y extrajo del bolsillo de la gabardina, la palanqueta de punta triangular y acerada, que introdujo en una esquina de la caja.

Aplicó el pie derecho sobre la madera, para ayudarse a levantar el primer listón. Crujió rechinante la madera retenida por clavo y grapa.

La palanqueta alzó la tabla unas cuatro pulgadas sobre el borde, y Nelson, inclinándose, aplicó ambas manos para acabar de levantarla...

El listón quedó en ángulo recto con la caja, y Nelson vio la capa de viruta. Introdujo las manos apartando los rizos de suave madera lisa, y lanzó un alarido al sentir en sus antebrazos la mordedura aguda de unos cercos que emitieron chasquidos metálicos...

Con su clamor de sufrimiento intenso, coincidió una explosión seca, muy semejante a la de un petardo.

Perdido el sentido, Thomas Nelson quedó arrodillado, reclinada la cabeza sobre sus presos antebrazos.

* * *

La seca explosión del petardo en conexión de balería con los cables del cepo circular dotado de diez radios, uno de los cuales acababa de tocar el qué hurgaba en la caja, produjo en Butch Cassidy una reacción de prodigiosa actividad.

El caminante indolente que se dirigía hacia la hostería, dio rápida media vuelta, convirtiéndose en un veloz corredor que empleó menos de dos minutos en llegar junto al «Daimler», cuya portezuela posterior abrió.

Cogió por los sobacos al hombre desvanecido, aupándolo y lo empujó con la caja-cepo al interior...

Se aplastó encima de Nelson en el espacio entre asiente y respaldo delantero, al rebotar contra la carrocería blindada la primera bala disparada por Miller.

Atrajo hacia sí la puerta, cerrando, y en el cristal, puntearon dos estrellas formadas por los siguientes disparos de Harry Miller que acudía, distando unos veinte pasos.

Butch Cassidy atrajo la portezuela delantera, al tiempo que pasaba por encima del respaldo...

Harry Miller bajó el cañón del arma, mientras terminaba su trayectoria recta, avanzando en sentido oblicuo hacia la carretera y el «Daimler».

Butch Cassidy hizo describir un viraje ceñido al «Daimler», dos de cuyos neumáticos recibieron el impacto perforador, y el coche se inclinó violentamente por la rápida maniobra del que pretendía dar caza al que iba a internarse en la arboleda de la que había salido Nelson.

Frenó en seco Cassidy, pero ya el radiador se empotraba en la base del altozano, y al topetazo el detective, sacudido hacia delante, se dobló sobre el volante, chocando de cara contra el parabrisas blindado.

Harry Miller imprecó ferozmente, al ver que del autocar procedente de la hostería, y que acababa de frenar en la entrada del camino, iban bajando sus ocupantes, disponiéndose a auxiliar a los accidentados del «Daimler».

Le era imposible sacar a Thomas Nelson del coche, ni liquidar al detective que permanecía inmóvil, doblado sobre el volante del blindado «Daimler».

Remontó corriendo entre los árboles, y en el viraje de la carretera, esperó el coche que bajaba conducido por Lena Clausen.

Sentándose a su lado, dijo entrecortadamente:

—Cazó a Nelson. Lo tiene dentro del blindado. Chocó al virar y perforarle yo los neumáticos. Subía un autocar, y van a auxiliarles.

—Nosotros también —replicó ella.

Y el «Hillman» pasó de largo junto al autocar parado, y sin ocupantes, para hacer marcha atrás y quedar casi adherido al tren posterior del vehículo.

Una veintena de pasajeros, el conductor y el cobrador se arremolinaban a ambos lados del deteriorado «Daimler». Dos hombres atraían hacia fuera al corpulento Cassidy:

Una mujer chillaba:

—¡Hay que avisar a una ambulancia...!

Costaba más sacar a Nelson, tendido boca abajo en el espacio entre el respaldo delantero y el asiento posterior.

El cajón cuyo cepo sujetaba sus antebrazos, se había empotrado...

—¡Dejen paso, dejan paso! Mi marido es médico... Vaya alguien a avisar desde la hostería a una ambulancia, y ayúdenme a llevar a los dos heridos a nuestro coche.

Lena Clausen, hablando con autoridad, se impuso, y dos pasajeros cogieron por sobacos y piernas a Butch Cassidy, cuya cara sangraba por la

brecha abierta en la frente.

Señalaba Lena Clausen hacia el «Hillman»...

Harry Miller apartó bruscamente a los dos pasajeros que trataban de sacar a Nelson.

—Déjenle ver si está muerto, en cuyo caso no debemos tocar nada — decretó el conductor del autocar.

Cabalgando las espaldas de Nelson, vio Miller los aros de metal dentellados como sierras, que aprisionaban los antebrazos de su cómplice. Y sobre la viruta del cajón, la palanqueta.

La cogió, insertándola entre los hierros, fuera del coche, los que miraban a través de los cristales, reclamaron una linterna para ayudar al «médico» que estaba forcejeando...

Iba anocheciendo.

Harry Miller pudo atraer hacia sí a Nelson y el conductor se colocó a un lado, para ayudarle a llevar al que parecía solo herido levemente en los brazos...

El egoísmo substituyó al reciente afán humano de auxiliar, y los pasajeros regresaban, ya a sus asientos, comentando que los dos heridos lo estaban muy levemente, y que la suerte les había deparado a un médico que con su esposa, les atenderían.

El conductor indicó a Miller que fuera a la hostería, donde poseerían lo necesario para la primera cura.

Harry Miller colocaba ya a Nelson en el asiento posterior del «Hillman», y preguntó:

—¿El otro?

Lena Clausen al volante, ordenó:

—Siéntale ya. Los que recogieron a Cassidy, lo han llevado a la hostería.

El autobús, luces encendidas, se alejó en dirección contraria a la que tomó el «Hillman», cuyos faros cegaron a los dos pasajeros que habiendo ya dejado a Cassidy en la hostería, emprendían inútil carrera en persecución del autobús.

—No han tomado la matrícula, y no estaban para fijarse en nosotros. Lo esencial es que Nelson está con nosotros.

—Tiene los brazos seccionados casi hasta el hueso. Cassidy metió un cepo en la caja. Se desangra.

—En la primera farmacia que encontremos, pararé. Por suerte, no avisó Cassidy a nadie, o si no hubiera llegado la policía.

—Tienes mucha inteligencia, Lena —ponderó, admirativo, Miller.

—Por suerte para vosotros. Hazle dos torniquetes en los codos, Harry. Con su pañuelo y el tuyo, con lo que sea, mientras llegamos a una farmacia. Y tenemos que proveerle de una gabardina. Creo que esta noche, se pondrá de mal humor el profesor.

—No fue mía la culpa, sino de este. Debí llevar la caja adonde esperabas tú...

—Y tú impedir que el detective pudiera cogerle a él, y meterle dentro del «Daimler».

Cuando Thomas Nelson recuperó el sentido, miró en torno con ojos turbios. El «Hillman» rodaba por la carretera de extrarradio, pero al sur de la ciudad.

En mangas de camisa, sus dos antebrazos, aparecían vendados desde muñeca a codo. Le habían cortado con tijeras la tela hasta el bíceps.

A su lado, dijo Lena Clausen:

—Ponte esta gabardina, Thomas, y tratarás de hacer un esfuerzo, para llegar hasta el despacho del profesor, donde podrás dormir.

Intensamente lívido, con vértigos de fiebre, balbució Nelson:

—En la caja había...

—Un cepo ingenioso. Pero no pudo ni mirarle la cara Cassidy, porque intervino Harry. Ahora, es preciso que no llames la atención al subir las escaleras.

—Duele horribilmente, Lena... y me temo que voy a perder el sentido otra vez...

—No seas gallina —silabeó Miller—. No vamos a pasarnos las horas dando vueltas hasta que tengas las agallas suficientes para subir por tu pie las escaleras.

—Podré, y cuanto antes mejor —murmuró Nelson, castañeteando sus dientes al esfuerzo de hablar.

CAPÍTULO IX

Butch Cassidy se puso en pie, palpándose primero la nuca resentida por el encontronazo de su frente contra el parabrisas. Después tanteó el apósito que cubría con esparadrapo la brecha, y pudo asimilar que estaba en una habitación totalmente desconocida para él, teniendo enfrente a dos motoristas del tráfico, que le contemplaban interrogantes y desconfiados...

—Nos avisó el chofer de un autocar, y le hemos podido atender sin necesidad de llamar ambulancia alguna. ¿Es suyo el coche «Daimler» accidentado en el camino de Manor Hill?

—¡El que iba conmigo dentro del coche...!

—Dentro del coche lo que iba era un artefacto bastante raro —cortó, ceñudo el agente—. Hemos dado aviso, y no ha de tardar en acudir el *constable* de este sector.

—¿Cómo pudo escapar el tipo que llevaba yo dentro del coche?

—Parece ser que un matrimonio, médico él, se llevó al otro herido. Y es otra rareza más que añadir a las extrañas huellas que hemos visto en su coche. Un coche blindado.

En la sala de la hostería, entró un individuo acompañado por otros dos. Miró con evidente sospecha a Cassidy, que para abreviar, expuso:

—Me llamo Butch Cassidy, soy norteamericano, detective de escolta, y con todas las garantías que procedan, condúzcame ante el inspector Horace Milton, del distrito de Soho.

* * *

Horace Milton contempló amablemente al que acababa de entrar en su despacho, acompañado por los dos agentes de escolta.

—¿En qué puedo servirle, señor Govett?

—Habiendo ya despachado los asuntos pendientes, he creído mejor reunirme con los demás testigos, inspector Milton. Unos días en el campo no me vendrán mal. Y no constituiré así un gravamen...

—Gracias, señor Govett.

—¿Podría recibir allí la visita de una secretaria eventual?

—Naturalmente, señor Govett. Usted es un testigo voluntario, no un detenido sometido a vigilancia.

—¿Habrà teléfono en la casa del señor Stevenson?

—Está dotada de todas las comodidades. Acompañen al señor Govett hasta allí. Buenas tardes, señor Govett.

A solas, Horace Milton repitió mentalmente una de sus máximas:

«El exceso de confianza en la propia inteligencia, conduce al fracaso».

Seguía funcionando la máquina de la rutina, en colaboración con la iniciativa de Walt Stevenson, cuyo aspecto de juvenil descaro, era el más apropiado para realizar una gestión de tanteo en la misteriosa Academia Leonidas.

* * *

Helen Barclay, reseca, envarada y metódica, resultaba ser el prototipo de profesora temida por la *grey* infantil. Lo era también, por discípulos más talludos.

Walt Stevenson apuntó hacia la placa sobre el mostrador de la oficina de la academia:

—Deseo hablar con la señora que justifica esta etiqueta.

—Yo soy la secretaria.

—Tanto gusto. ¿Me recuerda usted?

—¿En qué clase está inscrito, señor...?

—Stevenson. No estoy aún inscrito, pero vine ayer al mediodía, en compañía de un caballero.

—Ayer al mediodía, les atendió la señorita Clausen, la secretaria efectiva, a quién sustituyo. ¿Qué desea, señor Stevenson?

—Ya decía yo... Deseo hablar con la señorita Clausen.

—Está ausente.

—Entonces, con el director.

—Está ausente.

—¡Caramba, esto es una plaga! ¿Fuera de Inglaterra?

—Lo ignoro. Vuelva mañana, señor Stevenson.

—Ya que estoy aquí, ¿perderé el tiempo si me siento y espero?

—Hasta las ocho, está abierta la academia. Puede esperar, si lo que ha de comunicar es estrictamente personal.

—Lo es. Gracias.

Walt Stevenson, sentándose en el poco confortable sillón, al fondo del estrecho pasillo, hojeó aburridamente revistas.

* * *

El *constable* de Frogmore estrechó la mano del inspector Milton, mientras Cassidy, sentándose, fue exponiendo:

—Usted ya sabe que pendía una amenaza de secuestro sobre la hija de la señora Janssen, lo que motivaba la doble escolta con que ella viaja. Recibió anoche otra comunicación, que especificaba que de no pagar en todo el día de hoy la cantidad solicitada, correrían peligro las vidas de la niña y la de ella. Estudié todas las posibilidades, y me decidí por insertar

este anuncio y conducir el coche al sitio que me fue señalado por teléfono. En la caja que debía contener lingotes coloqué un cepo conectado con un pequeño explosivo, que me avisaría que estaba atrapado el que metiera las manos dentro, si, como calculaba, querían convencerse de que había cumplido, mientras me tenían aún a tiro. Pude coger al tipo con las manos en la masa y meterlo en el coche, con caja y todo, mientras acudía otro, disparando con tino. Hice virar el coche, pero perforó las llantas y me estrellé. He recuperado la noción de las cosas y estoy vivo, pero se ha esfumado el que tenía los brazos cogidos por el cepo. Solo quedó el cajón. Y ahora, usted manda, inspector.

—Pudo advertirme lo que pensaba hacer, Cassidy.

—O iba solo, o no cazaba a nadie. Este era mi dilema.

El *constable* intervino:

—Se deduce que los cómplices del que había con seguido atrapar Cassidy acudieron, fingiéndose el médico y ordenando ella a varios pasajeros del autobús que se detuvo al ver el «Daimler» accidentado que llevaran a Cassidy a su coche. Pero los viajeros que llevaban a Cassidy lo condujeron a la hostería.

—Y mientras, la pareja se llevaba al de los brazos heridos.

—Di la orden a mis dos ayudantes de que comuniquen a todos los centros de asistencia pública que declaren si han asistido a un hombre lesionado en las manos o antebrazos por heridas profundas, como las producidas por cepo para lobos —dijo el *constable*—. Y están ya procediendo a interrogar a todos los pasajeros del autobús. Ya le notificaré los resultados si son positivos, inspector, y, en caso contrario, enviaré mañana la copia de las indagatorias. Buenas noches.

A solas con Cassidy, Milton volvió a reprochar:

—Pudo usted requerir la ayuda de algunos colegas, Cassidy.

—Ellos los habrían visto, y no me dieron tiempo a prevenir nada, ya que me indicaron el sitio, especificando que acudiera al instante. Se hubieran esfumado si tardo más de lo normal. Y ahora viene lo verdaderamente curioso, inspector. No tuve tiempo de hacerle un par de fotos al del cepo, como comprenderá, pero sí lo tuve para darme cuenta que el que venía a rescatarlo, disparaba como un campeón. Cerré una portezuela a tiempo. La otra, también. Vi que se me iba a escapar, y por eso le di al volante. Él dio de lleno a los neumáticos, y yo, con la cabeza, di de lleno al parabrisas.

—Pudo ver bien al que disparaba.

—Como se puede ver a un galgo en acción. Y esto es lo verdaderamente curioso. ¿Qué tendría que ver Basil Lincoln con la banda que amenaza a Carla Janssen desde Los Ángeles, en Nueva York, y aquí en Londres? Porque el caso es que el tipo que me disparaba al blindaje es el que dibujan los testigos: alto, flaco, escurridizo, bigotillo fino, corriendo como

un gamo, disparando como un Buffalo Bill del hampa.

—¿Sí? ¿Y el otro, más o menos qué trazas tiene?

—Lo vi arrodillado, lo empujé al interior del coche y ya no le vi más. Ni la menor idea. Lo siento, pero he fracasado.

—Se jugó la vida, y ha obtenido un resultado positivo: ha dejado a un hombre marcado, y un cepo para lobos secciona venas, hiere gravemente. Podemos hacer una deducción puramente teórica: Basil Lincoln, que conoció a Carla Janssen, sabe dónde se hallan los componentes de la banda, que puede operar en Los Ángeles, en Nueva York y aquí en Londres. Gente que viaja. Tengo ya una pista, y la está siguiendo un agente hábil. Usted necesita reposo, Cassidy. Vaya a reunirse con los demás testigos, y vigile...

—¿No hay agentes que vigilan ya la casa?

—Digo que se fije bien en lo que pueda suceder en el interior de la casa. Puedo equivocarme, pero creo que hemos topado con una banda de criminales dirigidos por un hombre que se imagina superior a todos los demás. Es posible que le pregunten lo que ha sucedido. Sea expansivo, explique con todo detalle lo sucedido.

—Tengo la cabeza algo abombada y no penetro sus fines, inspector. Pero haré lo que me sugiere.

* * *

Thomas Nelson llevaba muy hundidas las manos en los bolsillos de la gabardina, mientras subía las escaleras. De vez en cuando, Lena Clausen parecía amistosamente enlazarle, con su brazo echado sobre sus hombros, y la diestra apretaba significativamente.

Tras ellos, Harry Miller, imprecando entre dientes sobre la debilidad ajena, esperaba que de un momento a otro cayera Nelson.

Pero Nelson consiguió llegar por su pie hasta el rellano de acceso a la escalera comunicante con el desván. Y una vez allí, se desplomó, retenido en su caída por Miller.

—Llévale a tu cuarto, Harry, y cuídale hasta mi regreso. Tengo que comunicar con Frank, y que él determine lo que ha de hacerse.

Pasó Lena Clausen al despacho del director, desde el que fue al piso de Frank Govett, recogiendo la correspondencia que justificaría su presencia en la casa de campo, donde se reunían los testigos.

Se mudó la ropa, y cerrando todas las puertas, pasó a la oficina de secretariado, para informarse si el profesor sustituto de Miller había acudido.

Helen Barclay indicó al joven que esperaba, y que parecía muy absorto en la lectura de una revista dedicada a criptografía.

—Este caballero hace hora y media que la espera.

—¿Qué desea?

—Me parece un joven petulante y carente de lógica. Me dijo primero si le recordaba, después dijo que ayer le atendió usted, y por fin preguntó por el director.

Lena Clausen se dirigió al mostrador, hacia el que iba ya Stevenson.

—Buenas noches. ¿Deseaba usted verme?

—Walt Stevenson, servidor de usted, señorita Clausen. Ayer acompañé a un caballero que venía por un anuncio.

—¿El referente a la solicitud de un profesor que conociese alemán y húngaro?

—Ese mismo.

—Se presentaron tres profesores diplomados y elegimos el primero, porque aportaba certificados excelentes. El profesor Heinz Blüten, ¿es por quién pregunta?

—No, no... Verá, usted recibió a los otros dos profesores, ¿no?

—Forma parte de mi empleo aquí. ¿Puedo preguntarle, antes de proseguir, cuál es el fundamento de su visita, señor Stevenson?

—Voy a serle sincero, pero confidencialmente, en privado. ¿Puedo esperarla donde usted me indique?

Se volvió ella:

—¿Profesora Barclay?

—¿Sí?

—Tenga la bondad de ir a recoger los cuadernos de versiones de las clases.

Salió la secretaria eventual, y la efectiva manifestó:

—Ya puede hacerse confidencial.

—Llevo una pequeña investigación de aficionado, y se refiere al caballero que ayer al mediodía vino aquí.

—¿El profesor Blüten? Sus certificados son legítimos.

—Me refiero a Basil Lincoln.

—¿Basil Lincoln? Hoy en la prensa...

—El mismo, en efecto. Vino ayer al mediodía, y por eso he pensado que a lo mejor ustedes conocían antecedentes suyos.

—Si Basil Lincoln era uno de los dos que vinieron después del profesor Blüten, me limité a decirle que la plaza estaba ya cubierta. Y puesto que usted le esperaba abajo, pudo oírsele decir.

—No, yo no le esperaba. Es que realizo una pequeña investigación de aficionado. Si he sido inoportuno, excúseme.

—Nada hay que excusar. Buenas noches, señor Stevenson.

Lena Clausen esperó a cerciorarse de que Walt Stevenson entraba en su coche y abandonaba la calle.

Subió ella al desván, y Miller, abriendo, señaló su cama:

—Este nos va a dar un disgusto, Lena. No reacciona y apenas le late el

corazón. Tiene los vendajes empapados de sangre.

—Llevándolo a un médico, nos descubrirían. Le puse grapas sujetando las venas, pero los cortes eran hondos...

Se interrumpió ella, porque la mano que aplicaba en el costado izquierdo de Nelson no percibía la menor palpitación.

Murmuró:

—Basil Lincoln inició la racha de mala suerte. Nelson ha muerto.

—¿Y ahora qué? Estamos igualmente comprometidos, si un médico ha de certificar su muerte y le ve los brazos. A estas horas, hasta las farmacias estarán avisadas...

Lena Clausen, encendiendo un cigarrillo, paseo un instante.

Cassidy habría descrito a Miller... La manicura identificaría a Nelson. El joven Stevenson rondaba la academia...

—Tengo que comunicar con Frank a las ocho en punto, en que me telefoneará al restorán. Faltan minutos. Voy allá. Ya decidiremos, a mi regreso.

Harry Miller, sentándose de espaldas a la cama, se dedicó a revisar su automática...

Lena Clausen llegó al restorán habitual, y al minuto le avisaba la camarera que la llamaban al teléfono.

Frank Govett habló en tono amablemente imperioso:

—«Buenas noches. Puede traerme la correspondencia a «Hilton Cottage» número 14 de la avenida Disraeli, en Strafford-on-Evon.

—Acaba de visitar la academia el joven en cuya casa está usted, señor. Preguntaba por el que acudió ayer al anuncio. Referente a la gestión que habíamos de realizar, no ha dado el resultado previsto. Han surgido complicaciones.

—«Proceda a suprimir los obstáculos y no venga. Mañana a las diez telefonearé, con referencia al pasaje del profesor. Buenas noches.

Al colgar, dedujo ella que Frank Govett percibía ya la inminencia de un peligro, puesto que acababa de aludir a la necesidad de abandonar Inglaterra.

«Con referencia al pasaje del profesor», significaba que la personalidad de Frank Govett iba a protegerse bajo la del profesor Kormendi.

Pensativa, se dispuso a cenar. ¿Qué había averiguado entre los testigos que le inducía a huir, para reunirse con ella a las diez de la mañana siguiente en Liverpool?

CAPÍTULO X

La casa de campo era apta para albergar a numerosos invitados, que podían independizarse por completo en sus habitaciones provistas de amplio salón.

Carla Janssen, Leah Morrison y Alan Dudley invitaron a Patricia Scott a unirse a ellos cuando Walt Stevenson alegó que su tía Arabela le llamaba con urgencia.

La llegada de Frank Govett inició de nuevo la controversia sobre la difícil tarea deductiva que obligaba a los policías a refrenar su imaginación.

Adujo Leah Morrison un ejemplo práctico:

—Conozco a un joven que es profesor en una academia. Un hombre al que Alen le encuentra un aspecto siniestro, porque repetidas veces he salido acompañada por dicho profesor. Pues bien, estábamos diciendo que es difícil la tarea policíaca, porque ateniéndose a lo que declaran los testigos, pueden ser inducidos a error. Yo misma, al oír citar tantas veces el sombrero negro de alas anchas, un hombre alto, de rasgos duros, fino bigote... pensé que la descripción podría corresponder a Harry, un intelectual, muy alejado de todo pensamiento criminoso.

—Y yo podría imaginarme que era Harry Miller el que atravesó el parque del estudio. Es simplemente una charla, sin más, pero vean cómo llevo mi razonamiento de lector de novelas policíacas: Harry Miller conocía los estudios. Por lo tanto, como es alto, delgado y con aspecto siniestro...

—Celos —sonrió Leah Morrison.

Frank Govett, sonriendo también, rebatió:

—El procedimiento es sencillo. Basta con que usted, señorita Morrison, invite a venir a su profesor. Yo le identificaré prontamente, y entre el señor Dudley y yo, lo capturamos.

—¡No sería por falta de ganas! Un método eficaz de suprimir rivales.

—¿El joven futbolista y la hermana de Davenport, no tienen humor para la tertulia? —preguntó Govett.

—Prefirieron ir a casa de unos familiares suyos que viven en provincias —expuso Patricia Scott, que ya deseaba intervenir—. Yo estoy emocionada. Figúrense que el asesino acude valiéndose de un disfraz...

—Con peluca y faldas, fingiéndose la tía Arabela —rió Dudley—. ¿Un *bridge*, señor Govett? La señorita Scott dice que prefiere oír discos.

La señorita Scott rompió un disco, y lanzó un ahogado gemido, cuando vio proyectarse en la cristalera que daba a la terraza una sombra hercúlea.

Se interrumpió la partida de *bridge*, y Carla Janssen acudió angustiada para coger las manos de Butch Cassidy, inquiriendo:

—¿Qué le ha pasado, Butch? Tiene usted los ojos hinchados, unos cortes por la cara, y este...

—Un accidente de coche, señora. Nada, palabra que no —y Cassidy encontró muy compensatorio comprobar la sincera ansiedad de la actriz.

Frank Govett, al igual que los demás, solo parecía un ser humano, curioso por oír el relato de un accidente.

—Dígame lo que sucedió, Butch —apremió Clara Janssen.

El detective, atendiendo las indicaciones de Milton, recitó:

—Deseaba terminar de una vez con esa gentuza que cobardemente negocia con el miedo de una madre, poniendo precio a la vida de una chiquilla.

A la pregunta excitada de Leah Morrison, tuvo que explicar Clara Janssen lo referente al chantaje iniciado en California.

Prosiguió después Cassidy:

—Hoy puse el anuncio, esperé la llamada, y preparé la caja, que me iba a permitir identificar al menos a uno de la banda. Puse un cepo para lobos debajo de una capa de viruta, de modo que cuando alguien introdujera por dónde fuese las manos, se pillaba los antebrazos. Calculé que mientras me alejaba del coche, ellos comprobarían si en el interior de la caja estaba el oro. Las diez varillas que mantenían abierto el cepo tenían conexión con un detonante. Y así, al abandonar el coche en el sitio que ellos me indicaron, tan pronto oí la explosión di media vuelta y no falló el cepo, pero ni me dio tiempo a verle la cara al que estaba cogido, porque un sujeto acudía disparando, y gracias al blindaje del coche, salvé la piel. Perforó los neumáticos, y en la maniobra para evitar que escapase, estrellé el coche. Cuando volví en mí, me contaron que los que iban en un autocar que se detuvo para auxiliar a los del coche obedecieron a una mujer que dijo que su esposo era médico. El caso es que la pareja esa, cómplices del tipo aquel, lo libraron del cepo y se lo llevaron. Así se me escapó. Pero al menos, uno está marcado y no escapará.

—Así que usted vio a un «gangster» disparándole —dijo Govett.

—Como le estoy viendo a usted mismo, salvo que aquel empuñaba un arma. Y esto es lo curioso... Corresponde al tipo descrito como asesino de Lincoln, señora Janssen. Y la madeja la está convirtiendo en ovillo el inspector Milton.

—Interesantísimo —opinó Dudley—. Pero dígame, Cassidy... ¿Y si en vez de abrir la caja, huyen con su coche?

—La mentalidad criminal razona como la nuestra. Ellos pensarían que me era fácil telefonear solicitando que pusieran cerco a mi coche en aquella zona. No lo hubieran empleado pues.

—Pero podían haberse llevado la caja, sin comprobar su contenido.

—Estando yo a tiro, les importaba averiguar si había cumplido o pretendía engañarles.

—Entonces, ¿ya tiene una pista segura el inspector? —preguntó Govett.

—Creo que sí. Tuvieron que jugarse el todo por el todo, para no abandonar al herido. Vieron los del autocar a la mujer, el coche en que se llevaron al herido, en fin... va a ser difícil que escapen, ya que ahora pueden hacerse averiguaciones sobre una base concreta.

—Debería usted descansar un poco —sugirió Clara Janssen.

Butch Cassidy se dejó cuidar, tendiéndose en el amplio diván. Frank Govett comprendió que la agencia de secuestros debía disolverse lo antes posible.

Y a las ocho, al telefonear, encomendó a Lena Clausen la tarea de «disolver» la asociación.

* * *

Lena Clausen, terminando de cenar en el restorán, había ya elaborado el sencillo procedimiento para hacer desaparecer sin dejar rastro a los dos elementos de la banda, que eran ya un peligro.

Thomas Nelson no dejaría rastro, como tampoco Harry Miller. Con un simple empujón bastaría, aplicando a la vez un culatazo al que de espaldas estaría atendiendo a la «desaparición» de Nelson.

Regresando al número 10 de Dean Street, introdujo la llave en la puerta particular de acceso a la academia, y poco después entraba en la habitación donde Miller preguntó:

—¿Qué órdenes ha dado el profesor?

—Es preciso no dejar rastro de Nelson. Y tú tendrás que irte a Glasgow, donde esperarás.

—¿Vamos a abandonar lo que planeó durante meses él?

—Hay que posponerlo, pero se hará, y con garantía de que no podrá Cassidy evitarlo. Ahora atiéndame, Harry. Alguna vez hemos tenido que hacer desaparecer a una persona, y Frank empleó el sistema más sencillo. Ácido sulfúrico en el baño.

—He oído hablar de ese sistema. Pero ¿y el ácido?

—Tenemos siempre una reserva, por si hubiera que usarla. Lo siento por Thomas...

—¡Bah! No se entera ya el hombre.

—Llévalo al cuarto de baño del piso de Frank.

Cuando el ácido burbujeaba, recomendó ella:

—Mucho cuidado, Harry. Deslízalo sin que pueda salpicarte, porque te quemarías.

—Hay baño para fundir dos cuerpos aquí. Cógele por las piernas.

El cadáver produjo un rumor macabro, y Harry Miller comentó:

—Esto hierve y apesta. Prefiero mi herramienta.

—Al vaciar el ácido, los restos son escasos, pero deberán...

Era el momento, y ella alzó la diestra empuñando por el cañón su revólver, mientras con la zurda empujaba al que miraba asqueado el gorgoteo del ácido. Harry Miller dio un salto de lado, y el culatazo resonó contra el borde de la bañera.

Lanzó ella un gemido de terror, mientras trataba de recuperar el equilibrio perdido por la rápida esquivada de Miller.

Se encontró sujeta por los codos, atraídos brutalmente hacia atrás. Casi en su oído sonaba inexorable la voz del profesional del crimen:

—Te dije una vez que eras un mal bicho y que me despreciabas creyéndome un simple pistolero. Pero ya me supuse que al primer fallo ibais a suprimirme...

Un sobrehumano esfuerzo la hizo empujar con el pie, y cayó hacia atrás, derribándole, y como dos seres primitivos, entablaron un forcejeo de cuyo final dependía la existencia de uno de ellos.

En la dantesca pugna Harry Miller pudo coger el revólver que ella intentaba recuperar, y repetidamente lo abatió sobre la femenina cabeza...

En pie, Harry Miller se contempló en el espejo, para ir reajustando su ropa, la corbata, los botones de camisa, el cruce de la americana.

Cerró la puerta del cuarto de baño, pero dejó abierto el estante que comunicaba los dos pisos.

Solo le quedaba por averiguar dónde se hallaba Frank Govett. Y al bajar las escaleras iba pensando que en el listín figurarían las direcciones de Walt Stevenson.

CAPÍTULO XI

Walt Stevenson esperó en el bar, frente al umbral del número 10 de Dean Street.

Vio salir a Lena Clausen, a la que siguió un agente.

Cada persona que trasponía el dintel del número 10, la iba eliminando como completamente ajena a la muerte de Lincoln.

Vio de nuevo a Lena Clausen penetrando en la sede de la academia. Y poco después, a su lado, decía el agente:

—En el restorán, apenas entraba yo, la llamaron por teléfono. Estuvo poco tiempo. Cenó muy pensativa. No habló con nadie.

—Si vuelve a salir, la sigue, y mientras registraré el piso.

El agente abandonó el bar, y Walt Stevenson continuó al acecho del umbral, hasta que de pronto, poniéndose en pie, sintió la súbita satisfacción del cazador que halla pieza mayor.

Harry Miller, saliendo, caminaba rectamente hacia la calzada, que atravesó para entrar en el bar, donde Stevenson se dirigió también a la barra.

Pidió Miller un doble de coñac, alargando la diestra hacia el suspendido listín.

Llevaba un sombrero gris, pero en todos sus ademanes correspondía al hombre que se buscaba.

Cercano a él, Stevenson pidió también un doble de coñac. Los ágiles dedos de Miller recorrieron el bloque de hojas, parando en la letra «S».

Stevenson apuró a sorbos complacidos su coñac, mientras descolgaba Miller el teléfono, introduciendo la ficha que había pedido. Disco los números que de memoria se sabía Walt Stevenson.

Su departamento de Mayfair, donde el ayuda de cámara estaría yendo a atender el repiqueteo que le llamaba desde aquel bar.

—¿Tiene la bondad de indicarme si está en casa el señor Stevenson? —preguntaba Miller.

—¿De parte de quién?

—Me dijeron que estaba en su casa de campo, pero deseo comprobarlo. ¿Tiene la bondad de darme la señas?

Una pronunciación esmerada, un estilo correcto, meditó Stevenson. Y adivinaba la contestación:

—«Me está prohibido comunicar las señas, salvo a sus amistades, señor».

—Tome nota: Jack Sullivan, 12, Berkeley Square. Y ahora haga el favor de darme la dirección de mi amigo.

Mentía con suma elegancia aquel misterioso pistolero, se dijo Stevenson.

El ayuda de cámara transmitió las señas solicitadas. Harry Miller colgó el auricular, apuró el resto de su copa, pagó y abandonó el bar.

Conocía bien la ciudad, puesto que se dirigía a la boca del metro de Euston, para enlazar con el suburbano que tenía estación en Strafford.

Llegó Stevenson tras él a la taquilla, donde pedía:

—Strafford, especial.

Vagón de lujo, pensó Stevenson, adquiriendo el mismo billete. En el andén, los tres bancos los ocupaban parejas que no tenían prisa en ir a ningún sitio.

Harry Miller, llegando al final del andén, dio media vuelta, y a medida que avanzaba, sus negros ojos escrutaban al que iba a su encuentro y que pasó por su lado.

Llegaba el «sub» de enlace con Trinity, que partió, y la pantalla luminosa anunció que entraba en vías el enlace con Avon.

Harry Miller permanecía quieto, hundidas las manos en los bolsillos de su impermeable, mirando hacia la vía.

Entró en el coche de lujo, y al sentarse, volvió a mirar al elegante, que ocupó el otro asiento individual, frente a él.

Y que llevaba también las manos hundidas en los bolsillos de su «Loden» de pelo gris impermeabilizado.

En el compartimiento de seis butacas, iban dos viajeros más, leyendo la prensa nocturna...

Uno de ellos se apeó en la siguiente estación.

En la estación de transbordo esperaba ya el convoy que remontaba hacia el este, cubriendo un trayecto de ocho millas.

Eligió Miller el compartimiento delantero, de tres butacas. Y pensó que había sido falsa su impresión de reconocer al elegante viajero del «Loden» gris.

Se había quedado en la estación de transbordo.

Tenía ya elaborado su plan. Llamaría desde un teléfono de Strafford, el más cercano a casa de Stevenson, pidiendo por Frank Govett.

Cuando este acudiera al aparato, le diría que Lena Clausen se hallaba sometida a un interrogatorio. Y que él esperaba órdenes.

Ya sabría encontrar un pretexto Govett para abandonar la casa. No le faltaban recursos.

Bastaría esperarle fuera, y si salía acompañado por algún policía, peor para los acompañantes.

Cuando remontadas las escaleras llegaba al rellano exterior de la estación, examinó el plano iluminado, hasta encontrar la dirección dada por el ayuda de cámara.

Primero la calle principal, llamada Swansea, hasta su unión con Queen

Victoria, desde donde se llegaba a la avenida Disraeli. Tendría tiempo de ir viendo el lugar más a propósito para telefonear, y ver salir a Frank Govett.

CAPÍTULO XII

Frank Govett acudió con los demás a recibir al que era anfitrión. Un joven de aspecto inofensivo, que para Patricia Scott concretaba el sueño de novela rosa: joven, guapo, rico y tonto.

—Habrán de excusarme, pero mi tía Arabela quería cerciorarse de si era cierto que ayer penetré en un parterre, y si recordaba al asesino de Berwick Street, o era simplemente una divagación de chispa espirituosa.

Miró en rededor, y aclaró Patricia:

—El detective Cassidy sufrió un accidente, y se ha retirado a dormir. La señora Janssen y Leah Morrison están en sus habitaciones.

—Pero somos cuatro, y podemos formar un póker —invitó Dudley.

—Usted debería ir con las señoras, Dudley —sugirió seriamente Stevenson—. Parece ser que han visto rondar al «hombre del sombrero negro».

Alan Dudley titubeó, pero añadió Stevenson:

—De veras. Lo vieron en el suburbano de enlace con Strafford.

Alan Dudley se precipitó hacia las escaleras, pero se arrepintió de sus prisas, y volviéndose en el primer peldaño opinó:

—Hay vigilancia suficiente.

—No está de más que usted tranquilice a las señoras —aseveró Govett.

Patricia Scott musitó:

—Si es una broma, es pesada, joven Walt.

—Va muy en serio, joven Pat. Pero está usted bien protegida entre dos hombres de bien. A propósito, señor Govett, si atrapan a «sombrero negro», lo identificaremos entre todos, y se va a llevar usted una gran sorpresa.

—¿Sí?

—Mi tía Arabela tiene amistades con la alta jefatura de Scotland, y le han comunicado que el asesino salió del número 10 de Dean Street.

—¡Imposible! Pero... ¡si yo vivo en esta dirección...!

—Pues no le quepa la menor duda que el asesino fue a buscarle a usted.

—¡Dios santo! —murmuró Patricia Scott—. Y sabrá también que estoy aquí... Pero es imposible que se infiltre entre seis policías...

—Empleará otro recurso, quién sabe cuál...

El teléfono repiqueteó, y se anticipó Stevenson a Govett.

—«Hilton Collage». Diga.

—«El señor Govett, por favor».

Stevenson tendió el aparato a Govett:

—Le llaman a usted.

Frank Govett, impasible, aplicó el auricular.

Patricia Scott no protestó al sentirse muy cercana a Stevenson.

—Frank Govett, ¿quién es?

—«Conviene que vaya usted lo antes posible a resolver el problema que se le ha presentado a Lena. He podido soslayar...».

Se oyó un seco chasquido. Frank Govett, colgando el aparato, anunció:

—Mi secretaria me informa que vaya inmediatamente.

* * *

Harry Miller conservaba aún al auricular en alto cuando vio a los tres hombres acercarse a la cabina.

Empujó la puerta con el pie y disparó a través del faldón el primer balazo. Recibió un impacto en el hombro derecho.

Siguió adelante, ya desenfundada la automática... Uno de los policías avanzó hacia el pistolero, protegiéndose con un taburete. Miller, agarrotada la mano derecha, empleó la zurda...

En el quiosco del bar, los dos camareros estaban agazapados tras el mostrador desde que sonó el primer disparo.

Contaron confusamente las ráfagas mezcladas después de los dos primeros disparos efectuados a poco intervalo.

Cuando cesó el tiroteo, Harry Miller yacía al borde de la acera, vacía el arma, acribillado.

Un policía arrodillado trataba de incorporarse. El otro, herido más leve, le ayudó, y el inspector Milton, ileso, señaló con su humeante revólver la cabina al primer camarero que asomó:

—Llame a la clínica de urgencia. Quédese con Flaherty, Dodd.

* * *

Frank Govett iba a recoger del perchero su abrigo cuando Walt Stevenson le tocó en el hombro.

—No es prudente que salga, Govett.

Frank Govett adivinó que todo era cuestión de segundos... Inició una respuesta normal:

—Me acompañarán dos agentes que...

Y volviéndose, encañonó a Stevenson...

Patricia Scott asistió desde la parte posterior de un diván al desarrollo de los diversos movimientos violentos y agitados que convertían en dos hombres muy distintos a los que estaba viendo luchar.

Govett encañonó al techo, porque le alzó Stevenson el brazo, y a la vez hincó su puño derecho en el estómago del que replicó con rapidez.

Por unos instantes, ambos quedaron abrazados, en alto el revólver.

Cayo de espaldas Govett, y el revólver escapó de su diestra, resbalando.

Con los puños empujó a Walt, que le montaba a horcajadas, y que salió proyectado hacia atrás...

Pero regresó a tiempo para impedir que Govett pudiera recoger el revólver; le asió del cuello, desde atrás, arqueándolo.

Govett volteó a su adversario, levantándose...

Patricia Scott acudió corriendo a empujar con el pie el revólver, lanzando al mismo tiempo sonoras demandas de auxilio.

Frank Govett corrió hacia la puerta y dio rápida media vuelta, porque el inspector Milton acababa de surgir...

Walt Stevenson asestó con limpieza un atinado gancho, doblado en directo al rostro...

Patricia Scott dejó de gritar, al ver cómo el inspector Milton sostenía en pie al noqueado Govett manteniéndole por la cadenilla de unión de las esposas.

La hora que siguió fue extremadamente emocionante para Patricia Scott. Ella no pudo identificar en el muerto al que seguía a Lincoln, pero los demás testigos lo reconocieron.

Y el propio Govett, alias «profesor Kormendi», cuando se vio ante el cadáver de Lena Clausen, el informe líquido disolvente, y la máscara que cubría con hoyuelos de viruela, su rostro, desde que durante la última guerra, en Budapest, conoció a Lena Clausen, fue conciso. Empleó la personalidad del profesor Kormendi, estableciendo tres academias, y formando asociación con Nelson para realizar espionaje comercial.

Con su verdadera identidad proseguía en sus viajes de representante. Elegía así cuidadosamente las personas que luego eran sometidas a observación hasta lograr arrebatarles una patente, unos documentos.

Fue Lena Clausen la que presentó como fácil la amenaza de secuestro, y en París, Harry Miller pasó a ser el elemento ejecutor.

Nunca coincidían en viajes el profesor Kormendi y el representante Frank Govett. Por eso, los amenazados de secuestro, que eran elegidos entre personas que por diversos motivos verificaban viajes, se desconcertaban al recibir, allá donde estuvieran, el mensaje de amenaza.

Especificó Govett que su fracaso no se debía a haber confiado en exceso, pues su condición de testigo le eliminaba de toda sospecha, permitiéndole saber lo que averiguaban.

¿Cómo podían haber recaído sospechas sobre una academia compuesta por honorables profesores, salvo ellos cuatro? Materialmente, no hubo tiempo para encontrar la pista de Thomas Nelson...

Se lo explicó su abogado defensor, aludiendo a la ratina policíaca, y a los imponderables de que sabían sacar partido.

Bajo los pies de Frank Govett se abrió la compuerta, dejándole suspendido por el cuello.

El dictamen de los psiquiatras no le halló disculpa. Era un cerebro criminal, que hallaba en sus tortuosas maquinaciones la satisfacción de su soberbia, creyéndose superior a los seres normales.

* * *

Butch Cassidy estrechó la mano de Clara Janssen:

—Ya no me necesita, y no existirá peligro para la niña...

—No sé —murmuró ella—. Me he acostumbrado a su compañía... que protege a la niña... y ella le quiere mucho.

—Yo también un rato —rezongó Cassidy.

Se quedó convencido que era él quien besó a Clara Janssen. Ella tuvo el marido que deseaba: sencillo, protector y práctico.

Dejaba de ser una escolta provisional, porque ella abandonaba la excesiva propaganda que el cine hacía de las fortunas de algunas de sus estrellas.

Alan Dudley y Leah Morrison escribían en colaboración el guion titulado provisionalmente: «Doble vida».

Patricia Scott volvió a la lectura de sus novelas de amor, buscando los medios para transformar en marido al que la asediaba con intención distinta a un epílogo de color rosa.

Se casó con el detective dibujante James Dodd.

— FIN —

¡En el dramático navegar por un mar infestado de submarinos enemigos, llevaba la muerte y la traición a bordo!

C O S T A B A R B A R A

relata con un verismo escalofriante la historia de un hombre a quien la increíble audacia de una mujer, miembro del "Intelligence", enfrentó con toda la flota submarina enemiga... ¡descubriendo a la vez el más colosal contrabando!



C O S T A B A R B A R A

es la novela donde se dan cita la violencia, la emoción, peligro... Una novela que el famosísimo escritor

G E O D U G A N

convierte en una auténtica ventana abierta a todas las emociones

C O S T A B A R B A R A

¡aparecerá en el próximo número de

Colección SERVICIO SECRETO

¡Lea usted esta apasionante novela, cuyo argumento no podrá olvidar porque el ritmo de sus violentas situaciones le mantendrá en tensión desde el principio hasta el fin!

CARTELERA de NOVEDADES



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 398 - M.^a Adela Durango
 ■ TRIUNFO LA JUVENTUD
 Núm. 339 - Bárbara Sanromán
 ○ SONRISAS ENTRE LA RIMAS
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ROSAURA

- Núm. 238 - María Lar
 ■ EN UN RICONCITO
 Núm. 239 - Corín Tellado
 ○ TENGO OTRO AMOR
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ALONDRA

- Núm. 77 - M.^a Teresa Sesé
 ■ TODA UNA MUJER
 Núm. 78 - Mercedes Escalante
 ○ LA SEÑORA FROMONT
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION BISOÑE

- Núm. 339 - A. Rolcast
 ■ BAJO EL SIGNO DEL ODIO
 Núm. 340 - Joe Sheridan
 ○ DEUDA DE SANGRE
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 203 - Peter Debray
 ■ AGENCIA DE SECUESTROS
 Núm. 204 - A. Viscanti
 ○ COSTA BARBARA
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.

○ Volumen recientemente aparecido



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 294 - Carlos de Santander
 ■ UN HOMBRE CINICO
 Núm. 295 - M.^a del Pilar de Molina
 ○ EL INTRUSO
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

- Núm. 124 - Coriala
 ■ LA DAMA DE MEYERLING
 Núm. 125 - Mary Vidal
 ○ VALEROSA MUJERCITA
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION LAUREL

- Núm. 17
 ■ MARQUINA
 Núm. 18
 ○ PEMAN
 APARICION BIMENSUAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION BUFALO

- Núm. 37 - Kid Manner
 ■ TODOS CONTRA TODOS
 Núm. 38 - Fidel Prado
 ○ LA LEY DE LOS SEIS
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION CAMELIA

- Núm. 18 - Pili G. Rua
 ■ MATRIMONIO SIN CONFLICTOS
 Núm. 19 - Matilde Redón
 ○ SU ULTIMO CAMINO
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.

○ Volumen de próxima aparición

EDITORIAL BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA: 5 PTAS.

PRINTED IN SPAIN

PRECIO EN LA REP. ARGENTINA \$ 3.50

{1} *En Londres, a los delatores, el hampa en venganza, les coloca una moneda de penique en la diestra muerta. (N. del T.).*